

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quintd.º

MADRID
30 de Noviembre de 1888.

Año IX.—Núm. 32.



Carlos Penayo Madrid

DELICIAS DE MADRE

SUMARIO

GRABADOS: Delicias de madre.—D. Manuel de la Barrera y Fernández, capitán de la Guardia civil.—Ceuta: Torre de Isabel II.—Tipos de mujer circasiana y de hombre ávaro (fotografados de Laurent).—Perú: vista general de Lima, capital de la república.—Bellas Artes: un trovador.—Marina de guerra inglesa: el torpedero White.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Explicación de los grabados.—Táctica terrorista: *A Un Teniente de Navío*, en Madrid, por el Dr. Thebussem.—La historia de la artillería española (continuación), por D. Mario de la Sala.—A la señorita C. Z. y M. (poesía), por D. Juan Morales Pleguezuelo.—Cuestiones cubanas, por Sánchez Romero.—Consejos (poesía), por D. David Pardo Gil.—Crítica musical, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Tragedias del arroyo; segunda parte: Honorina, por D. Juan Valero Martín (continuación).—Ropa de Pascua, por doña Aurelia Mateo de Alonso.—Pasatiempo.—Solución de los anteriores.—Anuncios.

CRÓNICA

Lo dicho, dicho. O este es un juego de compadres, ó todos somos tontos de capirote.

No parece sino que las agencias telegráficas, los periodistas y los lectores de los periódicos se han puesto de acuerdo para que la humanidad entera vuelva á Belén á bailar y á comerse la torta.

Las acusaciones del diputado francés Numa Gilly no convencen. La publicación de su libro ha sido un desencanto y un fracaso. Todo se reduce á una ligereza, inspirada por la candidez. ¡Ya ve usted, acusa sin pruebas!

Esta es la impresión general, producida por la conducta de Gilly.

¡Pobre hombre! ¡Atreverse á acusar á una docena ó dos de políticos de oficio de que hacen chanchullos! ¡Y lanzar semejante acusación ante una sociedad de hombres tan listos, que contestan en seguida: «Venga la prueba!»

La verdad es que Gilly ha sido un denunciador muy torpe.

Bastábale haber buscado y publicado cierta escritura que dijera, poco más ó menos:

«En la villa de París, á tantos de tal mes y año, ante mí, el infrascrito, notario de este ilustre colegio, comparecen, de una parte su excelencia el Sr. Tal, ministro de Cual, y de la otra el banquero Sr. Fulano, y dicen:

»Primero. Que su excelencia adjudicará al Sr. Fulano la subasta de..., á pesar de haberse presentado proposiciones más ventajosas.

»Segundo. Que el Sr. Fulano se compromete á enviar á casa del Ministro una caja de tabacos (en otros casos es un paquete de polvos de arroz) y dentro un fajo de billetes por valor de tanto más cuanto.

»Tercero. Que si no se adjudica la subasta al Sr. Fulano, queda éste desligado del compromiso de enviar los billetes.

»Cuarto. Que si no recibe los billetes el Ministro, quedará *ipso facto* anulada la subasta.

»De todo lo cual doy fe, y lo firman ante mí;» etc.

Esto es lo que debió publicar Numa Gilly, y lo que todos esperaban encontrar en su libro.

Pero tropezó con una gravísima dificultad.

Los chanchullos políticos hechos en virtud de escritura, son muy numerosos; pero la notaría está nada menos que en la luna.

Se necesita haber caído de ella ó haber caído de un nido para pedir pruebas de cosas que son llevadas á cabo en virtud de la pala-

bra empeñada al oído y del gesto que acompaña al apretón de manos.

Periodistas, Fabras y lectores de Panurgo, ¿qué más querían que dijese Numa Gilly?

Y observen ustedes una cosa.

Un individuo dice á otro en el café:

—Fulana tiene relaciones ilícitas con Mengano.

Si el que lo escucha es el marido de la denunciada, á pesar de ser el que menos debe creerlo, salta del asiento como si le hubiesen pinchado con una bayoneta, y corre hacia su casa con ánimo de hacer picadillo á los adúlteros.

Y la especie corre y circula de boca en boca como artículo de fe.

Y aunque el marido encuentre á la señora abriéndose las carnes con un cilicio, ya no vuelve á tener confianza en ella ni á estimarla por honrada, sino que desde aquel día comienza á pintar al diablo en las paredes.

Supongamos que el que recibe la noticia no es el marido, sino simplemente el amigo de la tal señora.

Y contesta, relamiéndose:

—¡Chico! ¿Qué me cuentas?

—Lo que te digo.

Paga el gasto, se despidió del difamador, se va derecho á casa de la individua, y, siguiendo el consejo del Lavi, que cuenta Alarcón, le da á la buena señora un golpecito con el bastón en las caderas, diciéndola:

—Muchacha, ¡qué gorda estás!

Es decir, que si se trata del honor de una señora, á pesar de que lo hemos puesto en la cúspide del edificio social, no hay atrocidad que no estemos dispuestos á creer y á castigar, ó aprovechar, según los casos.

Y esto, sin más pruebas que el dicho de un desalmado.

Pero que nos digan en el café que nuestro ídolo político se ha comido unas traviesas de ferrocarril ó las minas de Huelva...

—¿D. Fulano? ¡Vamos, hombre, usted no sabe lo que se dice!

—¡Yo sé lo que me digo!

—¡Usted está borracho!

Y en cuanto el otro contesta, ¡zas! un bofetazo; y se queda más limpio que un sol el honor de D. Fulano.

¡Pues no faltaba más!

¿Dónde está la prueba?

Y esto, aunque sepamos que si el político (que vive en un palacio, tiene coches y juega á la Bolsa) tuviera que vivir de sus rentas ó de su trabajo, ingresaría en cualquier casa de huéspedes de dos pesetas, sin vino, y con postre de manzanas en todo tiempo.

De modo que el honor del hombre es cien veces más sagrado y más... inatacable por los ácidos que el honor de la mujer.

Para el hombre, se entiende.

Lo cual no me parece el colmo precisamente de la generosidad.

Conclusión: ó éste es un juego de compadres, ó estamos todos en Belén comiéndonos la torta.

No todos quieren tragarla.

Los obreros italianos dicen que no les gusta, y ponen en un conflicto gravísimo á su Gobierno.

Italia, contra lo que reclaman sus parentescos de raza, su situación geográfica y sus tradiciones, se alía estrechamente con Ale-

mania, y se encuentra decidida á guerrear con los franceses.

Pero los obreros italianos, ó, por mejor decir, la gran masa del pueblo italiano, rechaza el pacto con el enemigo de siempre, y rechaza del mismo modo la guerra con el pariente; y Crispi, al pensar en las graves consecuencias que para él y para Italia puede traer la naciente asociación, pierde las ganas de comer y de conferenciar con Bismark.

Cada día va siendo más difícil eso de decir «el Estado soy yo.»

En el caso de una guerra con Francia, es ya indudable que media Italia, es decir, el ejército, pelearía sin entusiasmo; y la otra mitad de los italianos comprometería gravemente el éxito de la campaña.

No sucedería lo mismo si, al sacar al ejército por el Norte de Italia, se le condujera hacia la derecha, en demanda de Trieste.

Y como no es posible contrariar á la nación entera, cuando ésta parece decidida á probar que *si uno no quiere, dos no se pelean*, Crispi se verá un día en la necesidad de armar á los ministros y á los diputados de la mayoría, y ponerse con ellos á las órdenes del canciller.

Este batallón, como compuesto de gente experta en el uso de la *doble lingua*, podría encargarse de convencer á las francesas.

El ejército español ha sufrido una pérdida considerable.

El general D. Pedro de la Llave ha muerto hace pocos días, dejando un ejemplo honorífico que imitar para los que siguen la carrera de las armas, y un recuerdo imperecedero entre cuantos tuvieron la fortuna de tratarle.

Como verdadero hombre de estudios, era modesto y afable; y en vez de títulos de papel ó de pergamino, y noticias encomiásticas en periódicos nacionales y extranjeros, deja valiosas pruebas de su mérito en la memoria y en el corazón de sus amigos.

Descanse en paz.

Nuestro querido colaborador D. Luis Vizard ha tenido la irreparable desgracia de perder á su madre.

Los que tuvieron la dicha de apreciar las relevantes dotes de tan distinguida señora, y conocen asimismo el profundo cariño que su hijo le profesaba, han sentido como propia esta pérdida, y han tributado á las virtudes de la bondadosa anciana el homenaje que merecían.

El cortejo fúnebre fué representación selecta y lucidísima de la milicia, la literatura y las ciencias.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL se asocia sinceramente al dolor del que tantas veces la ha honrado con las brillantes muestras de su talento.

Pérez Galdós va á ingresar en la Academia Española.

Está, pues, de enhorabuena, porque ya la Academia va dejando de ser *la cangrejera*, como la llamaba, con razón, un orador notabilísimo, que todavía no es académico.

Con más razón está de enhorabuena *la casa*, y especialmente los novelistas. Todo lo que vale viene al fin á reunirse y á estimarse.

Y lo está, por último, el público, por el cariño que profesa á Pérez Galdós.

Sólo algún académico de la época visigoda mirará al académico nuevo con un poco de usgo y renuencia.

Pero es lo que dirá otro numismático menos oxidado:

—¡Que se cuelgue por tocho de una tirela!
¡Alza, pilili!

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

DELICIAS DE MADRE

Las pasiones que se desarrollan con el cariño de madre han sido cantadas por poetas eminentes, sin conseguir llegar á ese grado de realidad que de continuo presenciamos en la vida doméstica y real. El arte, reflejando esos purísimos sentimientos, no ha tenido mejor fortuna; pero, en cambio, consigue describir por modo sublime esas manifestaciones del corazón que sólo pueden grabarse en la inteligencia por inspiración del genio.

Este objeto representa nuestro grabado, que con seguridad apreciarán nuestros lectores en su verdadero mérito.

Don Manuel de la Barrera y Fernández.

Ofrecemos en este número el retrato de uno de los oficiales de la Guardia civil que presta sus servicios en Cuba y que más se ha distinguido en la penosísima misión encomendada, en aquella hermosa Antilla, á tan benemérito cuerpo.

Ingresó en el ejército el Sr. Barrera el año 1871, y todos sus ascensos le fueron concedidos por méritos de guerra, mereciendo su comportamiento en las numerosas acciones en que se ha encontrado, distinciones de sus jefes por su gran pericia militar, iniciativa y condiciones para el mando.

Terminada la primera campaña de Cuba, regresó á la Península, desempeñando con gran acierto diversas comisiones, volviendo á la Habana después de pasar al cuerpo de la Guardia civil, donde se le confió el mando de una extensa zona, y por sus relevantes servicios fué propuesto para la cruz de Beneficencia, mereciendo especial mención la persecución de la célebre cuadrilla de secuestradores, capitaneada por Hernández López, á quien dió muerte en combate personal.

Está en posesión de diferentes condecoraciones por méritos de guerra, y es varias veces Benemérito de la Patria.

CEUTA.—TORRE DE ISABEL II

La falta de espacio limita extraordinariamente las consideraciones que nos sugiere la descripción de este grabado.

Mantener tan ricas como importantes posesiones en Africa, en el estado lastimoso en que se encuentran nuestras plazas de Ceuta, Melilla é islas Chafarinas, es una afrenta para el país; y la generación actual contrae una responsabilidad inmensa al descuidar de un modo tan lamentable lo que tanto interesa al porvenir de nuestra querida patria.

En el estado actual de la política europea, cuando gravísimos conflictos pueden, de un momento á otro, influir poderosamente en nuestras relaciones con el imperio de Marruecos, carecemos de lo indispensable en aquel territorio español, de lo que la prudencia aconseja.

El grabado de la pág. 500 representa uno de los fuertes recientemente construidos en la frontera de nuestros dominios con los del sultán del Mogreb; pero confiamos que á estas obras seguirán otras de mayor importancia, y se procurará hacer de Ceuta una verdadera plaza comercial, militar y marítima, como por su posición exige.

TIPO DE MUJER CIRCASIANA

Entre las diversas razas que aún conservan sus rasgos más característicos, figura el tipo de mujer, de perfecta hermosura, que aparece en el grabado de la pág. 501, y que no debe tomarse como excepción entre el bello sexo de aquel país, pues la naturaleza se ha mostrado siempre pródiga en bellezas físicas cuando de las circasianas se trata, según atestiguan todos los viajeros.

El procedimiento que el Sr. Laurent emplea con gran perfección, nos permite reproducir retratos de razas distintas con la exactitud de una fotografía.

TIPO DE HOMBRE ÁVARO

Descienden los ávaros de los hunos, y habitan la Tartaria, con predominio sobre los demás pueblos. Su arrogante figura, altivez y valor les conquistó una superioridad que aún disfrutan.

Esta tribu, que se halla sometida al dominio del emperador de Rusia, conserva inalterables muchas de sus primitivas costumbres, y el carácter peculiar de su raza.

PERÚ.—VISTA GENERAL DE LIMA

La capital de la república del Perú, que representa el grabado de la pág. 501, es una de las ciudades más hermosas de la América del Sur; y la metódica alineación de sus calles ofrece una simetría sólo comparable á la de las casillas del juego de ajedrez. Sus edificios guardan el estilo arquitectónico que estaba en uso en la época de la colonización, y solo tienen, por regla general, un solo piso, por temor á los frecuentes temblores de tierra que por aquella región suelen ocurrir.

Divide la ciudad vieja de la nueva un puente sobre el Rimac, de antiquísima construcción; cuenta con una población de 110.000 almas, en cuya cifra entran unos 30.000 emigrantes de Europa, especialmente de Italia.

EL IDEALISMO

La hermosa composición que aparece en el grabado de las páginas 504 y 505 revela el grande talento artístico del autor para trasladar al lienzo un conjunto de figuras tan armoniosamente dispuestas y conseguir extasiar la imaginación del observador.

Este cuadro ha merecido grandes elogios por reputados críticos, y dejamos á nuestros lectores el placer de continuarlas al hojear las páginas del número de esta Revista.

UN TROVADOR

El grabado de la pág. 508 representa un cuadro que llamó la atención en la última Exposición artística, y por el cual recibió el autor merecidos plácemes.

El asunto es muy poético: un apuesto joven de la Edad Media recorre la calle donde vive su ideal amoroso, y parado ante los muros que aprisionan á hermosa doncella, entona sentimental canto para demostrarle su pasión. Aunque el motivo del cuadro no encierra novedad, la perfección en el dibujo y la viveza del colorido justifican la fama de que ya goza el autor.

TORPEDERO «WHITE»

Este torpedero, de primera clase, forma parte de la marina de guerra inglesa, y fué construido por Samuel White, según su afamado sistema de doble tensión y ciaboga.

Mide 125 pies de eslora por 14 de manga, y los resultados obtenidos en la prueba fueron admirables. Con 129 libras de vapor en las calderas al-

canzó 371 revoluciones, 27 libras de presión de vapor en el receptor, fuerza de 967,95 caballos y la velocidad de cerca 19 millas. El rasgo más sobresaliente de la prueba fué la suma docilidad de esta embarcación en las viradas y la prontitud con que describió los círculos.

Táctica terrera.

A Un Teniente de Navío, en Madrid

Mi querido señor:

Tarde, y gracias á la mediación de un amigo, he leído la carta con que Vm. me favorece, publicada en LA ILUSTRACIÓN NACIONAL de Madrid del 20 de Octubre de 1888.

Y, como no quiero engañar á Vm., le digo á secas que la he leído, sin agregar *con mucho gusto*, porque la epístola de Vm. me ha causado la pena de no poder contestarla á medida de mi deseo, dejándome tan atónito y abobado como vendedor ambulante de fósforos á quien le piden cambio de un billete de mil pesetas.

Atravesando hace años por un pueblo de Extremadura, me fijé en la limpia y hermosa prenda de azófar que servía de enseña á una barbería. Hallábase el maestro á la puerta, y se me antojó preguntarle:

—¿Conoce Vm. el *Yelmo de Mambrino*?

—Algunas veces, respondió, he oído mentar á ese *Yerno de Membrino*; pero lo que es conocerlo, yo no conozco á tal individuo.

Pues lo mismo me sucede á mí con la *Táctica naval*: la he oído mentar, pero no conozco á tal señora.

Y la verdad es que no hay motivo para que yo tenga relaciones con dama tan ilustre y distinguida. La gente á quien trato, es menuda y de baja ralea. Sean prueba de ello los párrafos siguientes, hijos de las acreditadas plumas de Revilla, Castro y Serrano, Vidart, Bremón, Salcedo, etc., que dicen así:

«Por otra parte, para el que tuviera el raro capricho de perder el tiempo en averiguar cómo se trinchaba en el siglo XV, cosa tal útil y trascendental como coleccionar sellos de correo, *ex libris* antiguos y otras zarandajas, ó escribir libros tan *fundamentales* y artículos tan *sustanciosos* como los del Dr. Thebussem...»

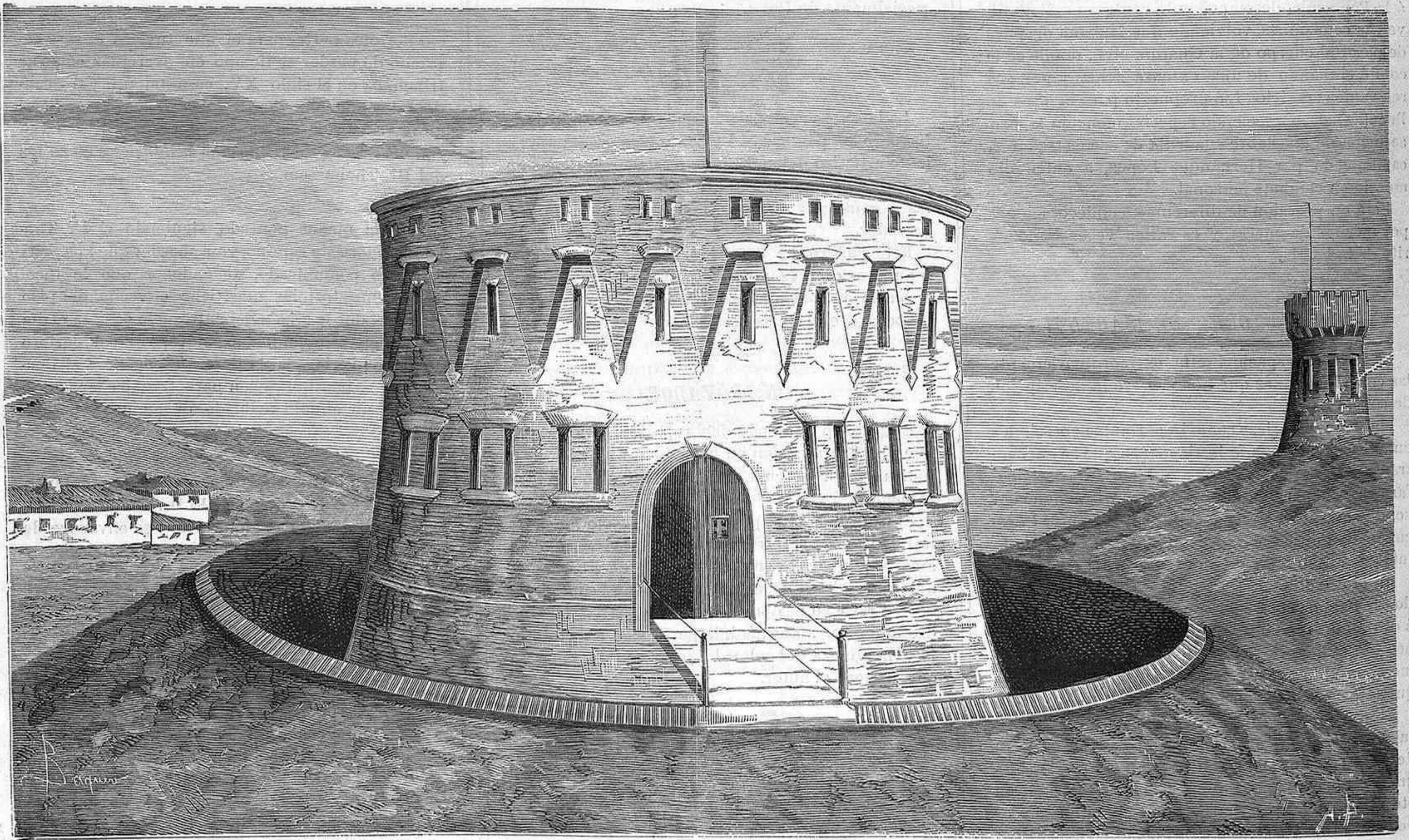
«El día menos pensado, siguiendo el Dr. Thebussem por este camino, va á suceder que nos pondrá otro comunicado, diciéndonos que le incomodan unas tórtolas que tiene el vecino del piso segundo, que la criada del entresuelo se pasa el día cantando y atronándole los oídos, ó que el portero no barre ni friega la escalera. Desengáñese el doctor: ciertas cuestiones son para tratadas en familia ó en un círculo reducido de amigos y parientes...»

«Los hombres suelen tener puesto su orgullo en habilidades muy pequeñas... El Dr. Thebussem descuida la pluma por el almocafre, y se envanece de haber aclimatado en Medinasidonia remolachas y pimientos...»

«Ilustre alemán Thebussem,
que sois doctor por la gracia
de vuestro noble apellido
y de vuestra noble patria...
¿Os parece, amigo mío
(iqué censura tan velada!),
que se emplea bien el tiempo
en curiosidades vanas?...
Dejad sellos y alfajores
y las demas zarandajas
en que malgastáis el tiempo...
Perdonad franqueza tanta.»



D. MANUEL DE LA BARRERA Y FERNÁNDEZ, CAPITÁN DE LA GUARDIA CIVIL



CEUTA.—TORRE DE ISABEL II

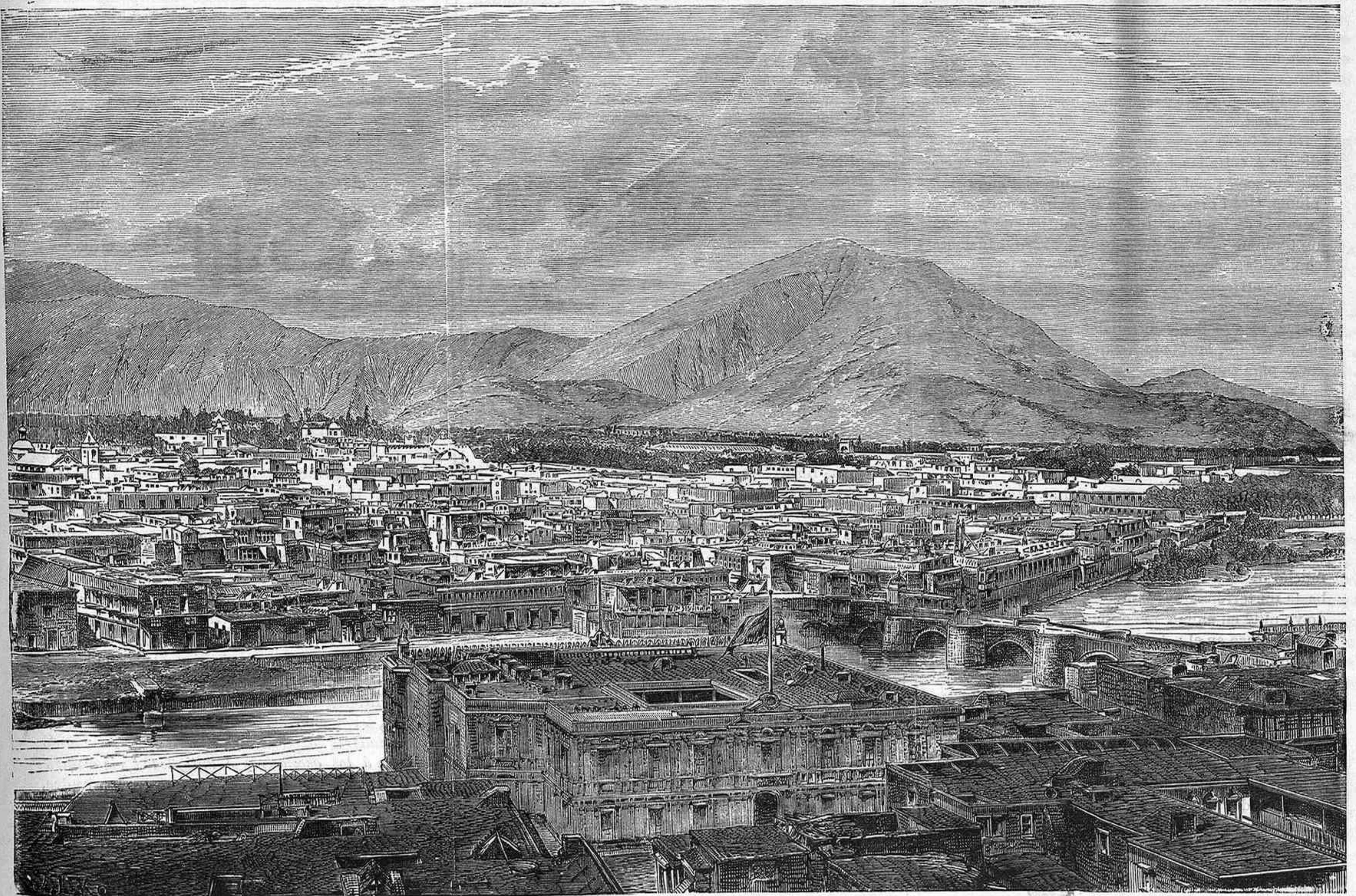


TIPO DE MUJER CIRCASIANA



TIPO DE HOMBRE ÁVARO

(Fotografados de Laurent.)



PERÚ.—VISTA GENERAL DE LIMA, CAPITAL DE LA REPÚBLICA

«El Dr. Thebussem escribe, por lo común, sobre lo que á nadie importa...»

«El doctor tiene cierta habilidad ingeniosa, semejante á la [que un prestidigitador posee en las manos. En los trabajos del doctor hay poco sacado de su cabeza: es un loco de atar, ó un calavera de la literatura castellana...»

«En España no está declarada oficialmente la epidemia ó escuela *decadente*, pero que existe, es indudable. Y hasta tenemos un *decadente*... digno de hombrearse con los mejores de París: el doctor Thebussem... Ninguno como él para rebuscar asuntos insignificantes, insípidos, incoloros é inodoros: materias, en fin, que á nada conducen y que á nadie importan. Lo tiene á gala: escribe recetas de guisados, escudriña en la historia y en las costumbres lo que ni es digno de la majestad histórica, ni se presta tampoco al estudio útil y agradable de las costumbres...»

«Si alguna vez se adjudicasen premios á trabajos literarios de reconocida *inutilidad*, sería difícil disputarle la medalla de oro al Dr. Thebussem...»

Un volumen entero podría formarse con renglones semejantes á los que dejo copiados. Vm. mismo se halla conforme con dichas apreciaciones, puesto que en su fina carta dice que yo «trato de cosas inútiles, ó al menos muy poco útiles... y que escribo artículos sobre cualquiera fruslería.» Bien es verdad que el coscorrón desaparece con las galantes frases de que Vm. lo rodea, y que yo le agradezco de corazón.

Resulta, si no me engaño, que Vm. á sabiendas, deliberadamente, con premeditación y sobre seguro, ha querido escribir una misiva para no obtener respuesta. También podrá ser que Vm., violentado por alguna pasión ó fuerza irresistible, haya querido pedir peras al olmo, ó buscar pan en cama de galgos.

Si yo fuera mozo, le aseguro á Vm. que me dedicaba á estudiar cosas formales y de sustancia. Reconozco lo mal que he empleado el tiempo y la pluma. Gran placer tendría en haber escrito algún paralelo de las Constituciones políticas de España; un tomo de prehistoria; glosas á la Novísima Recopilación; biografías de bandoleros célebres, ó buenos artículos de fondo explicando la manderecha que los españoles deben á progresistas, izquierdistas, fusionistas, centralistas, carlistas y posibilistas. En fin, *tarde piache*, que ya está duro el alcazar para zamponas.

Para saber siquiera el significado de *Táctica naval*, acabo de recurrir al Diccionario, y encuentro que es el «arte que enseña la posición, defensa y ataque de dos ó más naves que forman cuerpo de armada.»

Pues si la táctica no es más que esto, escuche Vm. el suceso que voy á referirle:

D. Juan Manzano era un labrador rico por partida doble: quiero decir, que tenía muchas fincas y mucho dinero, con pocas necesidades. Salí á su busca un terreno que le interesaba adquirir, y siendo yo muy su amigo, me expuso el deseo de que lo representase en el acto de la licitación.

Figúrese Vm. un labrador chapado á la antigua, con la vanidad de ricacho de pueblo y con la avaricia de la tierra (más poderosa que la del oro), y formará Vm. una idea del tormento moral de aquel hombre. Comprendí que era capaz de morir-se si no conseguía el *Donadío de doña Violante*, que así se llamaba la heredad. Su justo precio eran ocho mil duros, y me autorizó para que pujase hasta doce mil.

Porque mire Vm., añadió D. Juan; el único sacrificio que yo hago es el de cuatro mil duros, puesto que ocho mil duros siempre los tengo en la finca. Y por cuatro mil duros, no permito yo que los Quintanas ó Juan Bautista se queden con *doña Violante* y se rían de mí. Pensarlo nada más, me

quita el sueño. Yo no tengo otros lujos ni otros gastos. ¿No se compra una bandeja de plata en cien duros? Pues si al venderla al peso dan la mitad de lo que costó, el precio es solamente de cincuenta. ¿No es esto claro como la luz del día?

—Muy claro, amigo D. Juan, le contesté.

—Pues bien, dijo, tome Vm. esta carta: ahí va mi autorización; pero como Vm. se fia de mi palabra, le suplico que no la lea hasta que las pujas lleguen á los doce mil duros. Antes por ningún motivo.

Y con pulso tembloroso me entregó un pliego lacrado y sellado.

La finca se adquirió en unos nueve mil, incluso los dos ó tres mil reales que sirvieron para gratificar á los ladrones de levita que no faltan en estos negocios.

Excuso advertir que la alegría y satisfacción de D. Juan fueron extremadas.

—Y el pliego, ¿dónde está?

—Como no hizo falta, lo había olvidado: aquí lo tiene Vm. ¿Qué advertencia me comunicaba Vm. en este papel?

Mi hombre vaciló un poco; pero dominado por el júbilo y por la gratitud, exclamó: «léalo Vm., guárdeme el secreto y luego lo quemaremos.» La nota decía así: «Autorizo á mi amigo el Dr. Thebussem para que por mi cuenta puge el *Donadío de doña Violante*, hasta llegar á tres mil onzas de oro, que son las que hoy tengo contadas y disponibles para el pago. —Juan Manzano.»

¿Podrá aplicarse á lo acuático esta táctica terrestre? Suponga Vm. que á un buque de diez cañones y doscientos hombres se le administra el siguiente récipe:

Tomarás cuatro barcos buenos y de buen andar, que sean iguales ó mejores que cada uno de los de tu enemigo. Tripúlalos con buena gente, instruída, subordinada y valerosa, y pon doce cañones por buque. Hecho así, ataca á tu contrario simultáneamente por popa, proa, babor y estribor, y, si no es probado, es muy probable que salgas victorioso.

Si la receta es buena, conviene no divulgarla y reconocer como autor de ella á D. Juan Manzano (q. e. p. d.).

Por cierto, que dos sobrinas de éste, primas hermanas entre sí, heredaron la fortuna del difunto. Ambas frisaban en los cuarenta años, y eran señoras excelentes, virtuosas, y de aquellas á quienes, según la opinión general, se les podía fiar oro en polvo.

—Vamos, les pregunté un día: ¿cuántas onzas dejó el tío?

—Solamente á Vm. se lo diremos, exclamaron ambas á un tiempo; dos mil... Entre ésta y yo las contamos...

—Pues mil onzas faltan, señoras mías, afirmé yo sin vacilar.

Al oír esto, una de las mujeres se puso roja como la grana. Separé la vista de ella, y la oí balbucir que las riquezas se ponderaban mucho.

Crea Vm. que no hay mucha ponderación al decirle que siente en el alma haber defraudado, por falta de *táctica*, las esperanzas de Vm., su más humilde servidor Q. L. B. L. M.,

EL DR. THEBUSSEM,
Cartero honorario.

Medina Sidonia, 8 de Noviembre de 1888 años.

La historia de la artillería española.

(CONTINUACIÓN)

Respondan á lo segundo, para seguir hablando solamente de los que ya no existen, los heroicos Daoiz y Velarde, cuyo sublime sacrificio en el eterno *Dos de Mayo* será, hasta la consumación de los siglos, asombro de la fama y asunto de la oda. Díganlo también D. José Juncar y D. Antonio de la Cruz, que con su incontrastable muro de fuego y bronce deciden la insigne victoria de Bailén; don Angel Ulloa y D. Manuel de Velasco, salvando el ejército en la rota de Tudela; D. Martín García

Loygorri conquistando, al frente de la batería que en Alcañiz fué valladar insuperable á los esfuerzos de Suchet, la primera cruz laureada de San Fernando que brilló sobre nuestro uniforme; Uclés, D. Diego de Entrena y D. Santiago Piñeiro, cuyas memorias van unidas al triunfo de Talavera; don Mariano Bresón y D. José Guerrero Sedano en el nunca bastante ponderado abandono de Dinamarca por la división del marqués de la Romana; don Antonio Roselló, en Espinosa de los Monteros y Puente San Payo; D. José de Saravia y D. Bartolomé Gutiérrez de Acuña en la bizarra ocupación de los fuertes de Pancorbo por el conde de La Bisbal; D. Pablo de la Puente, en la batalla del Bidasoa; D. Juan de Loriga, en San Marcial; D. José Grasés, en el Trocadero; D. Juan Guerra de la Vega y D. José Vasallo, en el famoso *cinco de Marzo* zaragozano; D. Juan Vial, D. José Gómez Puch y don Juan López, en Morella; D. Manuel Álvarez Maldonado, en Peñacerrada; D. Joaquín de Cascajares, en Cardona; D. Ignacio Berroeta, en Vicálvaro y Castillejos, y D. Isidro Macanaz, en Bilbao. Díganlo con mayor energía los comandantes del arma de aquellas ciudades heroicas, cuyas defensas llevaron por toda la haz de la tierra el ideal del honor y del patriotismo español, como D. Luis de Villaba, D. Ignacio López Pascual y D. Salvador Ozta, en Zaragoza; D. Isidro de la Mata y D. Pablo Miranda, en Gerona; D. Cayetano Saquetti, en Tarragona; D. Miguel López Baños, en Hostalrich; D. Joaquín Caamaño, en Badajoz; D. César Tourneille, en Astorga, y tantos otros jefes dignísimos que fueron los auxiliares, consejeros y copartícipes en la gloria de aquellos héroes de primera nota que se llamaron Palafox, Álvarez de Castro, Contreras, Menacho, Santocildes y Pérez Herrasti. Dígalo de una vez esa grandiosa lista de mártires del deber que encabeza Francisco Ramírez de Madrid y cierran, por ahora, el brigadier Velarde y el conde de Mirasol. Pero no quiero alargar esa prueba, ni realmente es necesaria, cuando hasta los impunadores de nuestro organismo tienen que rendirse convictos, ya que no confesos, ante la virtualidad de sus efectos.

¡Singular destino el de la Academia Gazoliana! Ella deparó en D. José de Espejo un general á Rusia, en D. Antonio Sequera un bajá al Egipto, y educó á D. Gastón de Orleans para regir un día el imperio brasileño. Ella dió en D. José de la Serna, D. Joaquín de la Pezuela, D. José de Cienfuegos y D. Narciso Clavería, virreyes celeberrimos por su probidad y gobernadores ilustres á nuestras colonias ultramarinas. En D. Mariano Gil de Bernabé, sapientísimo fundador á la primera escuela general de milicia española que ahora se rescucita. En el marqués de Viluma, D. Alejandro Oliván y don Francisco de Luxán, estadistas preclaros é íntegros ministros al gobierno del Estado. En D. Joaquín Navarro Sangrán, el ya citado D. Francisco de Luxán, y el conde de Mirasol, maestros á tres generaciones de príncipes. En D. Félix Hurtado de Corcuera y D. Frutos Saavedra Meneses, su mayor lustre y reputación á la geodesia española. En don Vicente Alcalá Galiano, D. Ramón de Salas, D. Patricio de la Escosura, D. Hipólito Munárriz, don Joaquín de Bouligni, D. Fernando de Gabriel, don José Arráez, D. Pedro de Andrada y otros muchos que hoy viven, felices cultivadores á la historia y á las bellas letras. Dió también personal distinguido á todas las Reales Academias, al Parlamento, á la diplomacia, á los Estados Mayores del ejército y de artillería de la Armada, á la Administración militar, á los cuerpos facultativos civiles, *constantemente imitadores de nuestra constitución en cuanto respecta á los ascensos por antigüedad rigurosa*; y para acabar esta suma de universales aptitudes, hasta invadió el terreno de la Iglesia, donde trocaron la espada por la corona, y el uniforme por la sotana, D. José Peña y D. José Rodríguez, el jesuita P. José Gonzalo Cánovas y el Ilmo. D. Antonio Cascajares y Azara, venerable Obispo actual de Calahorra y la Calzada.

Diga en buen hora alguno, que no reconoce más derecho (*sic*) á la prioridad en el nacer, que la prio-

ridad en el morir, imitación de Pero Grullo que no siempre resulta en el orden natural; porque después de todo, *nadie se muere hasta que Dios quiere*, como dice el adagio, y nuestro respetable D. Juan Mantilla de los Ríos enterró una docena de promociones completas y 600 oficiales, al menos de las sucesivas; mas cuando se formula aquel conato de sentencia para argumento de que la *modernidad* ambiciosa atropelle á la *antigüedad* benemérita, envuelve tan palmaria aberración, tan estu-penda herejía moral, que creo excusado discutirla. La antigüedad sin defectos, representará siempre la ciencia de la vida, la aptitud cultivada, la madurez del juicio, la experiencia profesional, la suma de una larga serie de servicios prestados á la patria, la costumbre del mando y la respetabilidad, en fin; prendas todas más valiosas y eficaces que los atrevimientos de la impetuosidad juvenil para el buen desempeño de los altos cargos militares. Y aunque á la exigencia ciceroniana de que el General sea afortunado, añada pintorescamente el gran emperador Carlos V *que la fortuna es hembra y no gusta de viejos* bueno será recordar que no eran *pollos* el gran Duque de Alba, ni su maestro de campo general Sancho Dávila, cuando vencían en Portugal, ni Souvaroff cuando un puñado de montañeses defendía heroicamente la Suiza; ni Blücher en Waterlóo, ni Radetzky en Novara; ni Moltke cuando llevaba los ejércitos de Prusia sobre los muros de París; ni el ilustre D. Manuel de la Concha al envolver las líneas de Somorrostro enseñaba á nuestros jóvenes caudillos el único camino para levantar el sitio de Bilbao.

Con la antigüedad rigurosa y la unidad de procedencia hemos merecido los elogios de Thiers, tan enemigo de prodigarlos á los españoles, y los más expresivos de Suchet, que al entrar victorioso en Tarragona abrazó uno á uno á los pocos oficiales del Cuerpo que sobrevivieron al vencimiento, diciéndoles *eran los primeros artilleros del mundo* (1).

A pesar de esa antigüedad que mata todo estímulo, al decir de la escuela innovadora, ha podido afirmar Pérez Galdós «que á la oficialidad del Real Cuerpo estaba reservada la mayor gloria de la guerra desde el Dos de Mayo á la batalla de Vitoria» (2); y decir el célebre caudillo del ejército del Norte D. Luis Fernández de Córdova, «que nuestra artillería, por un fenómeno tan raro como honroso para los oficiales de este cuerpo, ha sobrevivido en toda la pureza de su organización, en todo el lustre de su grande y justa reputación europea á cuantas vicisitudes y convulsiones ha sufrido la Nación en el largo período de sus padecimientos» (3). Y escribir D. Pedro Antonio de Alarcón, á la vista de los campamentos de Tetuán (en aquella arena de Africa que guarda los restos de D. Juan Molins, D. Antonio Larrar, Berroeta, Agar, Gálvez-Cañero, Guillelmi, Anglada y Cuadrado): «¡Oh! Era una patente de gloria y de fortuna para nuestra artillería. Su triunfo de hoy, su arrojo, su serenidad, su pericia, estaban allí escritos con caracteres de sangre y fuego.» (4)

¿Hubiéramos alcanzado tan expresivos elogios y esa gloriosa reputación, no amenguada en las últimas guerras, con el ascenso por elección, tal como en España se practica? ¿Pueden racionalmente esperarse resultados tan fecundos del individualismo perturbador como del compañerismo engendrado por el derecho de antigüedad, común á todos los asociados? Séame lícita la rotunda negativa.

Bien dices, amigo Vidart, hay que escribir la historia del Cuerpo. Hay que pagar esa deuda de amor filial á los que nos legaron tan gloriosa herencia. Hay que convencer á España de los desapoderamientos de esas pseudo lumbreras que nada respetan, y que en su comezón destructora afirman con olímpica osadía que hasta su advenimiento al charlatanismo vegetábamos poco menos que en la barbarie. Ya sé yo que esos tales no leerán nuestro

(1) Véase la *Necrología del general D. Juan Barbazas* publicada en el *Memorial de Artillería*.

(2) *Episodios nacionales*. Bailén, cap. XV.

(3) *Memoria justificativa*, cap. X.

(4) *Diario de un testigo de la guerra de Africa*.

libro; pero no importa: le aprenderán de corrido los hombres de buena fe, y con eso tenemos bastante. Al adversario sistemático no se le convence, pero se le confunde ante el juicio público y se le anula por la fuerza de la verdad.

Por eso quiero yo que se escriba nuestra historia; y por eso, no con pretensiones de cantar un himno á nuestros antepasados, ni siquiera para lucir una erudición de que ando escaso, reduje á breves párrafos la síntesis, el resumen, ó el bosquejo del gran libro que urge escribir, y que ya comenzó á publicar D. José Arántegui, dándonos un primer volumen, hermosa muestra del preciado género. Quiero una historia cronológica, sin que por ello se sujete al patrón iliterario de los anales; polemista y refutadora de errores, sin llegar á pendenciera; crítica, sin dejar de ser ingenua; escudriñadora de verdades y de documentos que las confirmen; apasionada y nerviosa, sin dejar de ser verídica; libro en que se vea el retrato científico, militar, orgánico, moral, patriótico é íntimo de la prosapia artillera, y facsímile, en fin, de nuestra encina simbólica, desde la raíz á la copa.

Como yo lo entiende Arántegui, y mejor que yo lo digo, lo ejecuta; que hacer epitomes historiales barajando nombres, fechas y sucesos es cosa fácil, mientras que escribir verdaderas historias con las exigencias que dejo apuntadas, raya en los límites de lo insuperable. Por fortuna tenemos vencida la mayor dificultad que pudiera presentarse, ya que disponemos de un historiador capaz de llevar á término la alta empresa comenzada por su propia iniciativa.

Imitemos, pues, á aquellos antiguos próceres aragoneses que reconociendo que sus antepasados cuidaron más de hacer grandes hazañas que de escribirlas, instituyeron en las Cortes de Monzón el oficio de Cronista del reino, encomendando cargo tan singular y honorífico al eminente Jerónimo de Zurita.

Hagámos otro tanto con Arántegui, que tan bizarra prueba está dando de su vocación de historiador; démosle el cargo de Cronista oficial de la artillería española, sin ninguna otra ocupación, y no pasarán muchos años sin que salga á flote esa historia completa y perfectísima.

Pero mi deseo no se realizará, por lo mismo que es bueno. Sería continuar aquella hermosa tradición que enriqueció nuestra literatura con las obras inmortales de Zurita, Blancas, los Argensolas, Andrés de Uztarroz, Sayas y Dormer. Sería discurrir en español castizo, conservando la originalidad indígena, que no puede levantar cabeza, comprimida como está por la imitación exótica, galicista ayer germánica hoy; y eso de la originalidad española es moneda que ya no pasa, como tampoco pasan nuestros antiguos pesos duros de finísima plata. ¡Pobre Arántegui! Todos los esfuerzos de su talento y perseverancia celtibera se estrellarán en la triste realidad; sus trabajos historiales no pasarán de las raíces del árbol; y si por acaso feliz llegasen al tronco, puede asegurarse que no remontarán á la alta cima.

Ante ese fundado temor no queda otro recurso que seguir tu consejo é imitar el ejemplo de D. Vicente de los Ríos y D. Ramón de Salas, almacenando en nuestro *Memorial* la más abundante colección que podamos reunir de *monografías particulares y biografías de artilleros distinguidos*, llegaran ó no á la jerarquía que ahora han dado en llamar, con frase risible, *el generalato*. Sí; es preciso que cuantos tenemos recuerdos de lo que vimos, de lo que registramos en libros viejos ó de lo que testigos fidedignos nos contaron, hagamos firme propósito de escribir esas Memorias, ya biográficas, ya episódicas ó anecdóticas, ya circunscritas á la historia de nuestras secciones y dependencias; pues aunque parezca que esto es andar por las ramas, descuidando la ilación y la cronología, tendrá que venir á la postre, con la suma y ordenación de aquellos documentos, el retrato de nuestra secular encina, que es lo que se desea.

MARÍO DE LA SALA.

(Se continuará.)

A LA SEÑORITA C. Z. Y M.

En el día de su santo.

Por todos felicitada
palpitas hoy de emoción,
encendida la mirada,
la blanca tez sonrosada,
y gozoso el corazón.

Mas si al galante cumplido
de personas cariñosas,
vago rumor dolorido
se uniera como un gemido
exhalado por las cosas,

tu pecho no se amedrente;
los ayes del alma son,
que por ti llorando ausente
arranca un eco doliente
de pena á la creación.

JUAN MORALES PLEGUEZUELO.

Cuestiones cubanas.

Un diario de la Habana dice que se ha hecho presente al general Marín la gran mortalidad que se observa en el ejército por la fiebre amarilla. Y como se atribuye este hecho á la circunstancia de relevarse la guarnición durante los meses de verano, el General ha prometido estudiar esta cuestión y proponer ó informar al Gobierno sobre la conveniencia de no embarcar las tropas de relevo durante esos meses.

Armonía autonomista.—Dice la *Voz del Guano*: «Bien dijo Máximo Gómez desde el buque en que marchaba aquella turba curiosa y novelera, que no había salido á pelear, pero sí muy pronto á tomar nota de la figura de los revolucionarios: ¡Cuba no puede ser libre! exclamó; y esto mismo nos ocurre al leer las cosas de algunos periódicos democráticos, que se dicen autonomistas, y que no son más que unos pasteleros ó revolucionarios de salón.»

En cuanto á *La Tarde* y *La Actualidad*, ponen de vuelta y media á los flamantes oradores, Gavín, Zambrana y Montoro. La conducta del general Marín ha deshecho en Cuba al autonomismo.]

El Ariete dice que «el Gobernador civil de la Habana cree indispensable multar á la prensa que ofende el sentido moral del pueblo cubano.»

El colega reconoce en seguida que este rigor es necesario para la regeneración literaria, y ya hemos indicado nosotros, en varias ocasiones, que, en licencias de lenguaje, la prensa cubana había llegado á sobrepujar, aun en los períodos normales, á la prensa federal de los tiempos cantonalistas.

El Criollo sigue atacando al alcalde de la Habana, y añade que hay que buscar hombres que persigan el juego y las estafas.

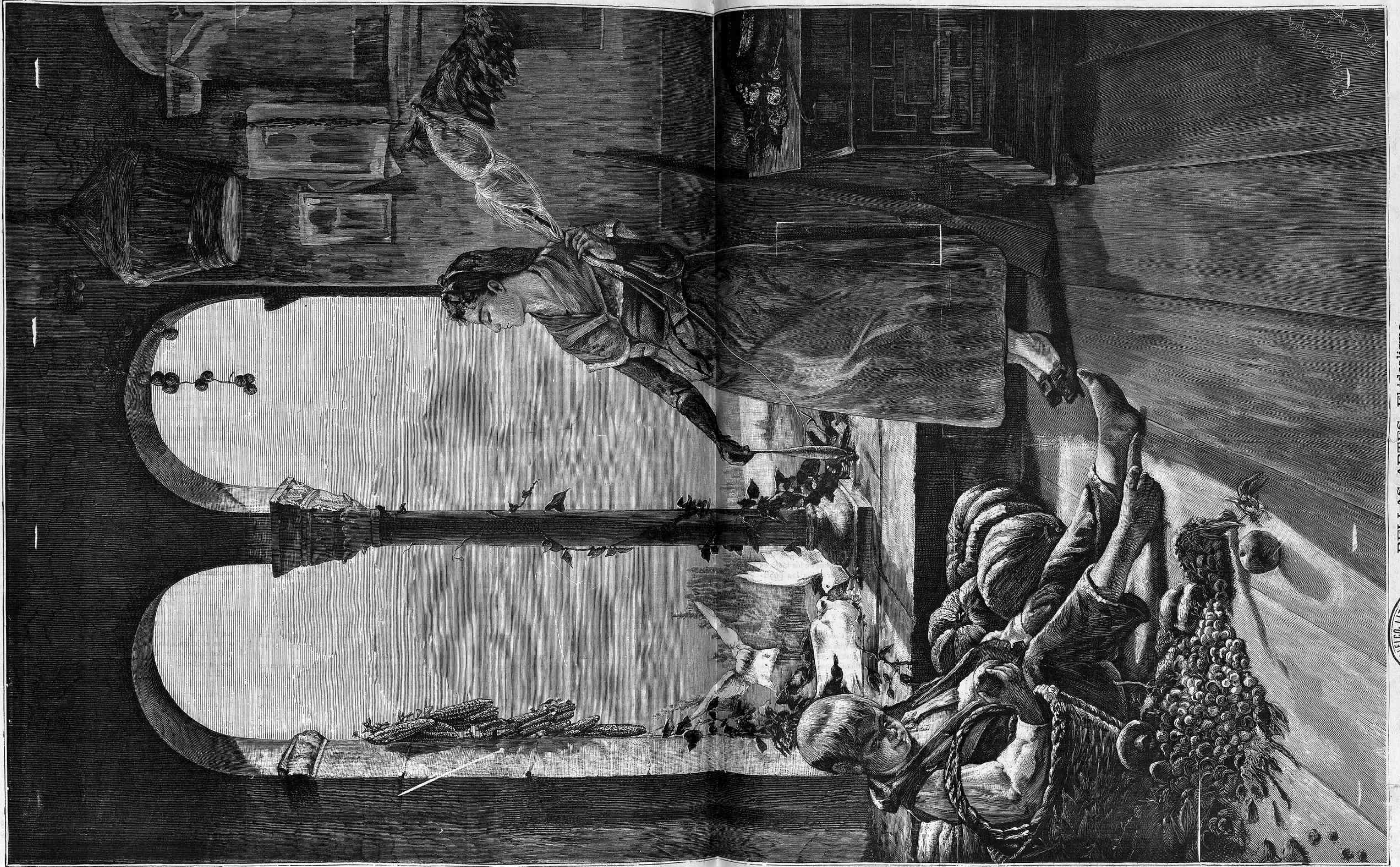
Concluye pidiendo el cambio de los actuales jefes de policía.

El Pueblo ha elogiado la conducta de D. Pedro Coll (que distribuyó en su fábrica un socorro á los obreros sin trabajo), y le defiende de los que atribuyen este hecho al propósito de alentar la huelga.

Los cargos al general Marín porque no descuartizó á un periodista que está encausado, indignará á muchos periódicos, que sin negar que todo escritor de injurias debe ser castigado, creen incomprendible y absurdo el que sus compañeros pidan penas desproporcionadas al delito.

Eso á la justicia incumbe.

Las últimas prisiones de bandoleros obligan á reconocer que el mando del general Marín será inolvidable, por sus indiscutibles beneficios para Cuba. La verdad es que ha sido muy afortunado en la persecución del bandolerismo, la solución de la huelga, el desconcierto de los autonomistas y las rentas de la Aduana habanera, que antes sólo producían 400.000 ó 500.000 pesos al mes, y en



BELLAS ARTES.—El idealismo.

ARTISTICO, LITERARIO
MADRID
BIR...

Septiembre último han ascendido á 809.546, ó sea 93.540 más que en el mes de Septiembre del año anterior.

En la inauguración del curso universitario de la Habana, el Dr. Johnson demostró el estado deficiente de nuestra enseñanza experimental y los perjuicios que produce. «Todos los portentos, dijo, que la imaginación recuerda en el orden científico, han tenido por origen la observación y la experiencia. El modesto laboratorio de principios de este siglo y el completo fausto de nuestros días han sido punto de partida de los progresos realizados, de las incalculables riquezas puestas en movimiento, de las esperanzas y de los ensueños que el porvenir atesora.»

El general Marín dirigió entonces breves, pero muy discretas y bien dichas frases al cuerpo docente, y prometió hacer cuanto le fuese posible para dotar á los gabinetes de *Mecánica, Física y química, Anatomía y Fisiología* de un material verdaderamente útil para la enseñanza.

Fué muy bien recibido y muy elogiado el curso del general Marín, y hasta los periódicos autonomistas, entre otros *El Día*, dirigen plácemes al general por sus ofrecimientos y adhesión á la causa científica.

SÁNCHEZ ROMERO.

Consejos.

Llevo del mártir la palma,
pues camino por abrojos;
que los quejidos del alma
como perdieron la calma,
han perdido sus despojos.

En amigos y en extraños
sólo encontré la ficción;
y así pasaron mis años,
recibiendo desengaños
que matan mi corazón.

Hoy que blancos mis cabellos
te demuestran que soy viejo,
y se marchitaron ellos,
perdiendo así sus destellos,
quiero darte un buen consejo.

No creas en la amistad,
porque no dura un segundo;
que hoy día la sociedad
se cubre de vanidad
en este mísero mundo.

Del que adula, desconfía,
porque acaso, al adularle,
como reina la falsía,
y también la hipocresía,
es sólo para humillarte.

Sufre con resignación
á tu mayor enemigo,
y al otorgarle el perdón,
hazle ver su situación
como si fueres su amigo.

Y así, con palabras finas,
perdónale sus querellas
ya que á la vejez caminas:
¡Que las rosas, con ser bellas,
tienen también sus espinas!

DAVID PARDO GIL.

Crítica musical.

Animado por la imparcialidad más estricta; movido por el amor al arte musical, en cuyas múltiples combinaciones el genio encuentra medios y recursos para agitar y conmover el alma; con la verdad por norma y con el elogio siempre dispuesto á significar el aplauso ó la censura que las obras y los artistas me inspiren; ajeno á todo prejuicio de escuela y libre de toda simpatía exclusiva, comienzo mis tareas en LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, desde

donde expondré los juicios y observaciones que broten de mi humildísima pluma acerca de las obras interpretadas por los artistas del regio coliseo y demás teatros en que se rinda culto á la música, ó por los profesores de las Sociedades de Cuartetos y de Conciertos.

Después de dicho esto, no es menester que me esfuerce mucho para hacer comprender á mis lectores que vengo resuelto á encerrar bajo llave todo sentimiento de amistad y todo espíritu de partido. Para mí, el músico ó el artista no es más que músico ó artista; y si la simpatía y el compadrazgo no han de lograr desorientarme, menos ha de cegarme la emulación. Ni soy músico, ni espero serlo en mi vida. Eso podrá quitarme autoridad á los ojos de aquellos que, para hablar de una cosa, consideran necesario haber pasado por ella. Pero bajo este supuesto, me reconozco tan incompetente en materia de música, como cualquier comadrón en materia de partos.

Explicado ya lo que peculiarmente me atañe, principiaré á ver lo que corresponde á los demás, empezando por la inauguración de la temporada en el teatro Real, y terminando con el estreno de la ópera de Leo Delibes, *Lakmé*.

La apertura del regio coliseo es un acontecimiento esperado siempre con afán por la alta sociedad madrileña y por los amantes del divino arte, que son muchos, y en general inteligentes.

Uno de esos accidentes que son tan frecuentes en los espectáculos líricos, la indisposición de la señora Nevada, ha quitado novedad á la inauguración y ha destruído los proyectos de la Empresa, contrariando sus deseos de empezar la temporada con una ópera nueva.

Ha quitado novedad, pero no interés, porque el público lo tenía, y muy grande, por oír de nuevo á Elena Theodorini, la gran artista, la cantante querida del público, ausente desde hace algunos años de la escena en que tantos aplausos y tantas simpatías ha conquistado.

Eligióse para la función de inauguración de la temporada, *Gioconda*. La obra de Ponchielli, figura ya entre las del repertorio que el público oye siempre con gusto, y de la cual conserva recuerdos muy gratos de pasadas temporadas.

La música de *Gioconda*, á pesar de que en muchas ocasiones decae notablemente, está muy bien escrita; su instrumentación es exuberante, sus melodías delicadas, sus recursos de muy buena ley. Algunos personajes están desarrollados de una manera que acusa en el compositor una inspiración poderosa.

A las figuras de *Gioconda* y Barnaba, una llena de luz y sublimemente bella, y la otra oscura y repulsiva, les prestó Ponchielli enérgica vida y verdadero carácter. La parte de la ciega es sentida y poética, á la par que sencilla y suave. Laura, Enzo y Alviso, que en el poema dramático ocupan lugares sobresalientes, en la partitura aparecen considerados como meros personajes episódicos. El final del primer acto es magnífico, magistral el del tercero y admirable todo el cuarto.

De la especie de consorcio que Ponchielli establece en su obra, entre la música tradicional y la música moderna, resultan algunas armonías tan sabias como las armonías de la música alemana, y algunas melodías tan dulces, tan límpidas como las melodías de la música italiana.

De lo que dejo indicado se deduce que, según mi leal saber y entender, la *Gioconda*, aunque no es una ópera de primera fuerza, ni digna de figurar entre las más grandes producciones musicales de nuestros tiempos, es, sí, una obra que, como decía antes, escucha el público con gusto.

La interpretación de la obra de Ponchielli fué buena en general. La Theodorini es la artista de siempre, dramática por excelencia, que sabe buscar el efecto de la frases y saca un gran partido de su voz, que juzgaré tan luego como cante otra obra. Dijo admirablemente el dúo del acto segundo, el terceto del cuarto y el final, donde lució sus condiciones de tiple dramática. En lo que no estuvo afortunada es en el traje que lució en el primer

acto; aunque Elena Theodorini sea una gran artista, no le deben estar permitidas ciertas libertades.

La Leonardi cantó bien, aunque comenzó con miedo la plegaria del acto segundo; pero roto el hielo, cantó el dúo como cantan las artistas verdaderas. Demostró que lo había estudiado frase por frase, compás por compás. Acentuó enérgicamente lo que debía ser acentuado, y moduló y dijo sintiendo lo que sentido debe ser. Posee una voz muy extensa, contando gran seguridad en los agudos y bastante volumen en los graves.

De-Lucia, muy bien, vuelve con más voz que se fué, y se advierte que ha estudiado con acierto. Hizo un Enzo muy bueno; y que el público lo estimó así, pruébanlo las demostraciones de agrado que recibió, principalmente al final de la romanza del acto segundo.

A Menotti le dominó la emoción, y esto hizo, sin duda, que no pudiera lucir todas sus facultades; tiene soltura y condiciones de artista.

Del bajo Mejía poco se puede decir, pues *Gioconda* es una ópera que no se presta á que el bajo pueda atraerse la atención.

El director de orquesta, Mancinelli, estuvo admirable. Son tantos los detalles que hizo resaltar, dirigió tan delicadamente toda la obra, en especial el bailable de las horas, que no dudo en asegurar que pocas veces he oído una ópera tan bien dirigida.

La tercera función de la temporada se consagró al estreno de la ópera de Leo Delibes, *Lakmé*, obra que fué escuchada con aplauso en su primera audición. *Lakmé*, si no abunda en esos rasgos artísticos de primer orden que producen entusiasta exaltación, en cambio la ligereza, la frescura y la gracia de sus motivos cautivan desde luego la atención del público, que acaba por admirar las bellezas melódicas encerradas por Leo-Delibes en esta obra hecha con gran tino y elegancia.

Algo reservado mostróse el público al oír *Lakmé*. No pecaría de exagerado si dijera que los espectadores parecían avaros de aplausos, hasta que el delicado arte de la señora Nevada arrancó los primeros, que decidieron ya del éxito de la representación.

Profeso culto fervoroso al arte en todas sus manifestaciones; pero si la admiración que por la música siento es entusiasta, mi entusiasmo no llega hasta desconocer su inferioridad cuando se la compara con las altas concepciones de la poesía. La poesía y la música son dos artes hermanas; mas por la superioridad de sus medios y la alteza de sus creaciones, la poesía debe ser siempre la hermana mayor. Las óperas de muchos de los mejores maestros, las más aplaudidas por todos los públicos, ofrecen tan admirable conjunto, porque las bellezas de la letra van siempre unidas á las notas inspiradas con que el compositor les presta brillante colorido y les da pasión y sentimiento verdaderamente arrebatadores.

No sucede esto en *Lakmé*. Carecen de interés los episodios de aquella acción que marcha lánguidamente á su desenlace, sin que ninguna escena logre despertar el entusiasmo de los espectadores. No se entienda por esto que el libro sea malo; no: es un libro en que Gouinet y Gille han desarrollado una fábula tan extremadamente sencilla, que no logra rebasar los límites de la vulgaridad.

He aquí el argumento de la ópera. En las inmediaciones de Bombay se hallan refugiados un brahmino y su hija Lakmé, con objeto de ocultarse á las miradas de los ingleses, que oprimen al país.

De pronto aparecen en medio de aquel santuario miss Ellen, hija del Gobernador inglés, y su prometido Gerald, oficial del ejército inglés, acompañados de Rosa, sobrina del susodicho Gobernador, de Federico, otro oficial compañero de Gerald, y de la institutriz mistress Bentson.

Gerald se queda en escena con objeto de copiar unas alhajas indias que han agradado en extremo á miss Ellen, y los demás personajes se retiran.

Preséntase Lakmé, y Gerald se rinde ante la gracia y la belleza de su aparición.

El brahmino sorprende á la pareja y amenaza

de muerte al oficial, que emprende la fuga por entre la maleza.

Lakmé queda aterrorizada, y termina el primer acto.

El segundo pasa en una plaza pública de Bombay, en día de mercado y de fiesta.

Nilakanta, que así se llama el brahmino, padre de Lakmé, se pasea por allí, vestido de mendigo en compañía de su hija, con objeto de descubrir al intruso. Al fin da con él y jura darle muerte en medio de la fiesta, tratando en vano Lakmé de evitar el peligro que le rodea.

Gerald se burla de las amenazas del brahmino, pero á los pocos instantes cae herido por el puñal de Nilakanta. Acércase Lakmé, y reconoce que la lesión no es mortal.

El tercer acto transcurre en el centro de un bosque.

Lakmé, asistida de Hadji, ha trasladado á Gerald á una cabaña medio escondida entre plantas y flores, donde le han devuelto á la vida.

Lakmé y Gerald se aman. Se dicen su pasión en un dúo, después del cual se presenta Federico á recordar á su amigo los deberes del soldado. El ejército inglés va á entrar en acción, y es forzoso combatir al enemigo. Gerald, dispuesto á unirse á Lakmé para siempre, vacila entre los impulsos de su corazón y la voz de su deber. Lakmé, temiendo ser abandonada, arranca una hoja venenosa de un árbol, bebe su jugo y cae desfallecida. Preséntase el brahmino, y Lakmé detiene el brazo de su padre, que va á herir de nuevo al oficial inglés, exhalando á los pocos instantes el último suspiro.

Tal es, en sustancia, la fábula que han ideado Edmundo Goudinet y Felipe Gille, para que Leo Delibes desarrollara su obra. Por la ligerísima relación del argumento, se comprende fácilmente que el libro de *Lakmé* no podría resistir el análisis de la crítica más indulgente.

Lakmé, bajo el punto de vista musical, es notable por más de un concepto. Cuando se estrenó en el teatro de la Ópera, el 14 de Abril de 1883, era ópera cómica, convirtiéndose después en obra seria para poder atravesar la frontera é ir recorriendo los principales teatros del mundo.

Ha llegado hasta nosotros precedida de los brillantes éxitos que ha alcanzado en París, en Londres, en Viena y en Italia, y cuando cuenta cinco años de existencia.

Leo Delibes no era un compositor completamente desconocido en España. En los conciertos de primavera se han aplaudido con entusiasmo y hecho repetir las notas alegres y juguetonas del *vals lento* y los *pizzicatti* del baile *Sylvia*.

Leo Delibes ha escrito muchas óperas y bastantes bailes.

Como dejo indicado, *Lakmé* nació ópera cómica, y, en mi sentir, ópera cómica será siempre, á pesar de haber reemplazado el diálogo hablado los recitados musicales.

La música de *Lakmé*, que contiene dotes relevantes de estudio y armonía, es muy agradable, de cierta finura y elegancia en el corte, y abundante en ideas originales, tratadas con mucha gracia. La composición es sencilla, sin gran complejidad ni riqueza de desarrollo, aun en los pasajes más elevados.

En el primer acto llama la atención un coro de indios y la plegaria de Lakmé á la diosa Dourga; cuadros llenos de color y de originalidad.

Hay después un *duettino* entre Lakmé y Mallika; un quinteto, un aria de tenor en extremo agradable y sentida, y un dúo de gran novedad y exquisita factura.

En el segundo acto sobresalen el coro del mercado, los bailables, el aria de Nilakanta, la canción de Lakmé, la escena del complot para dar la muerte al oficial inglés, y el apasionado dúo entre Lakmé y Gerald.

El tercer acto es, musicalmente considerado, todo él admirable, constituyendo un primoroso dúo de amor.

La instrumentación de la obra no merece más que elogios: desde la primera nota hasta la última

se advierte que es perfecta é irreprochable. Leo Delibes cuida de las voces de la orquesta con un arte extraordinario. Quizá pueda achacársele cierta falta de variedad en los ritmos; pero hay en toda la obra tal riqueza de melodías y armonías, que basta por sí sola para acreditar de buen maestro á su autor.

Pero el éxito de la ópera, que fué brillante, quedó eclipsado con el que obtuvo la señora Nevada, encargada de interpretar el papel de la protagonista.

Presentábase por primera vez ante el público madrileño una cantante y una artista, celebrada y aplaudida en muchas capitales de Europa. Los periódicos habían hablado con entusiasmo de Emma Nevada, cuya fama, repetida por los órganos de la opinión, llena ya el mundo del arte. Los que la hemos oído cantar la obra de Leo Delibes, podemos certificar de que la fama de la señora Nevada no es de esas que se fundan en ficciones, y que se eclipsan y desvanecen en el momento mismo en que los artistas llegan á presencia del público que ha de medir y aquilatar sus facultades.

La señora Nevada posee una voz de soprano, de timbre argentino, fresca y extensísima. Tiene además esa agilidad privilegiada que distingue á las grandes cantantes, y vence con facilidad asombrosa los pasajes más difíciles de ejecución, ofreciendo á la admiración de los oyentes ese espectáculo del poder y de la superabundancia de facultades que aleja todo temor de lucha difícilmente vencida. La armonía entre sus medios y la obra sometida á su interpretación, era perfecta. Así se explica que no bien la señora Nevada hubo cantado cuatro ó cinco compases sonaran los primeros aplausos. Atacó un *mi* natural, sobregado, sin hacer el menor esfuerzo. La representación fué para la señora Nevada un triunfo continuado. Sus frases eran á cada momento interrumpidas por los aplausos. Pero donde sus facultades rayaron á mayor altura fué al cantar la leyenda del paria.

Pocas veces he podido admirar agilidad tan privilegiada y seguridad tan extraordinaria al atacar las notas picadas que, como fuegos de artificio, lanzaba al espacio.

Su escuela recuerda la de la Patti, la Sembrich y la Donadío. Esto en cuanto á la cantante. La artista no merece menos elogios.

La señora Nevada no olvidó ningún detalle para interpretar fidelísimamente el personaje que representaba. *Lakmé* apareció á nuestros ojos como una verdadera india. Su color moreno, sus ojos negros, vivos, fosforescentes, sus actitudes, los flexibles movimientos de su cuerpo, la artista lo ofrecía á la contemplación del público como el tipo de la hija del país del sol, ideado por el poeta. Y lo mismo se puede decir del traje. Pocas veces se ha visto vestir un personaje con tanta pulcritud en los detalles y tan admirable propiedad en el conjunto. Tal ha sido el éxito alcanzado por la señora Nevada al pisar por primera vez el teatro Real.

De la parte de Nilakanta estuvo encargado Uetam. A él y á la señora Nevada correspondió el éxito de *Lakmé*.

El tenor Talazac estuvo desgraciado. Su parte musical en *Lakmé* es muy secundaria, y tal vez por esto no pudo demostrar sus méritos artísticos, que tanto aprecia el público de París.

El barítono Carpi agradó en su corto papel, y las señoritas Lizárraga, Pérez y Gasull, bien.

Y aquí terminaría mi cometido si no recordara al maestro Mancinelli, director de orquesta, que matizó con un gusto y con un sentido artístico verdaderamente extraordinario, los primores de instrumentación que contiene la ópera de *Leo Delibes*.

Antes de terminar, he de procurar condensar en breves palabras el juicio que me ha merecido la ópera de *Leo Delibes*. Este autor sigue las tradiciones de la escuela francesa, pero acogiendo con discreta medida las innovaciones que los compositores modernos han introducido en el arte musical. Instrumentación agradable y primorosamente combinada; melodías que en ocasiones despiertan y

avivan tiernos sentimientos en el oyente; armonías que retratan el carácter íntimo de los personajes que intervienen en la acción; abundancia de motivos; variedad de bellezas; todo esto sobresale con gracia, gusto y sentimiento en la ópera que acaba de estrenarse en el regio coliseo.

Leo Delibes no tiene la vena melódica de Auber y Ambrosio Thomas; pero ostenta en su obra un talento fácil, flexible y de cierta distinción; no hace gala de la profundidad de Herold, pero en algunas ocasiones le iguala en la expresión de los sentimientos tiernos y delicados, y, sobre todo, ha sabido conquistarse un puesto honroso por su gran discreción.

Si exigiéramos á este compositor apreciable la grandeza y la magnificencia que ciertas situaciones patéticas demandan, tal vez nuestras esperanzas se vieran defraudadas. Su imaginación y su fantasía no se ciernen en las regiones de lo sublime y de lo maravilloso. Su genio modesto alcanza, sin embargo, á las esferas donde se encuentran medios de expresión para los asuntos ingeniosos y para retratar los sentimientos íntimos, tiernos y delicados que exigen imperiosamente esa gracia exquisita y esa encantadora belleza que se distingue por la abundancia melódica, la espontaneidad del ritmo, la inteligencia escénica, la riqueza, el brillo y la variedad de la instrumentación.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

TRAGEDIAS DEL ARROYO

POR JUAN VALERO MARTÍN

(Continuación.)

Elisa tenía un vestido de merino negro, que á pesar de ser modestísimo, era lo mejor de su vestuario; en seguida pensó en él; Pedro no tenía dinero para comprar una cuarta de tela, y su hija no podía seguir de corto; por otra parte, ¿para qué la servía á ella? No salía más que por las mañanas á la compra y los domingos á misa para acompañar á su hija, que como madrugaba menos, iba más tarde; pues todo se reducía á que la niña fuera sola, porque acompañarla, siendo su madre, con vestido de percal y pañuelo á la cabeza, era punto menos que imposible. En seguida formó su plan: arreglaría el traje á su hija sin decirle nada; lavaría con campeche su manto, lo plancharía, y para el domingo siguiente, cuando se levantara, encontraría todo hecho y no tendría más que vestirse é ir á la iglesia. ¡Qué contenta se iba á poner!

Honorina lloraba, ó lo fingía, con las manos puestas sobre la cara.

—Tendrás traje de largo, dijo la madre separándola dulcemente las manos y besándola en la frente.

—¿Cuándo? preguntó la niña levantando la cabeza, sonriendo y mirando fijamente á su madre.

—El domingo vas á misa con él puesto; te lo prometo.

—¿Qué modista me lo va á hacer? Un vestido de largo ya no lo puedes hacer tú.

—Yo la buscaré, no te ocupes; ven, que te voy á tomar las medidas.

—¿Pero para qué? Yo iré á su casa á tomármelas.

—No, tonta; así ganamos tiempo, añadió la madre sonriendo; y empezó á tomárselas cuidadosamente con una cinta, mientras preguntaba la niña

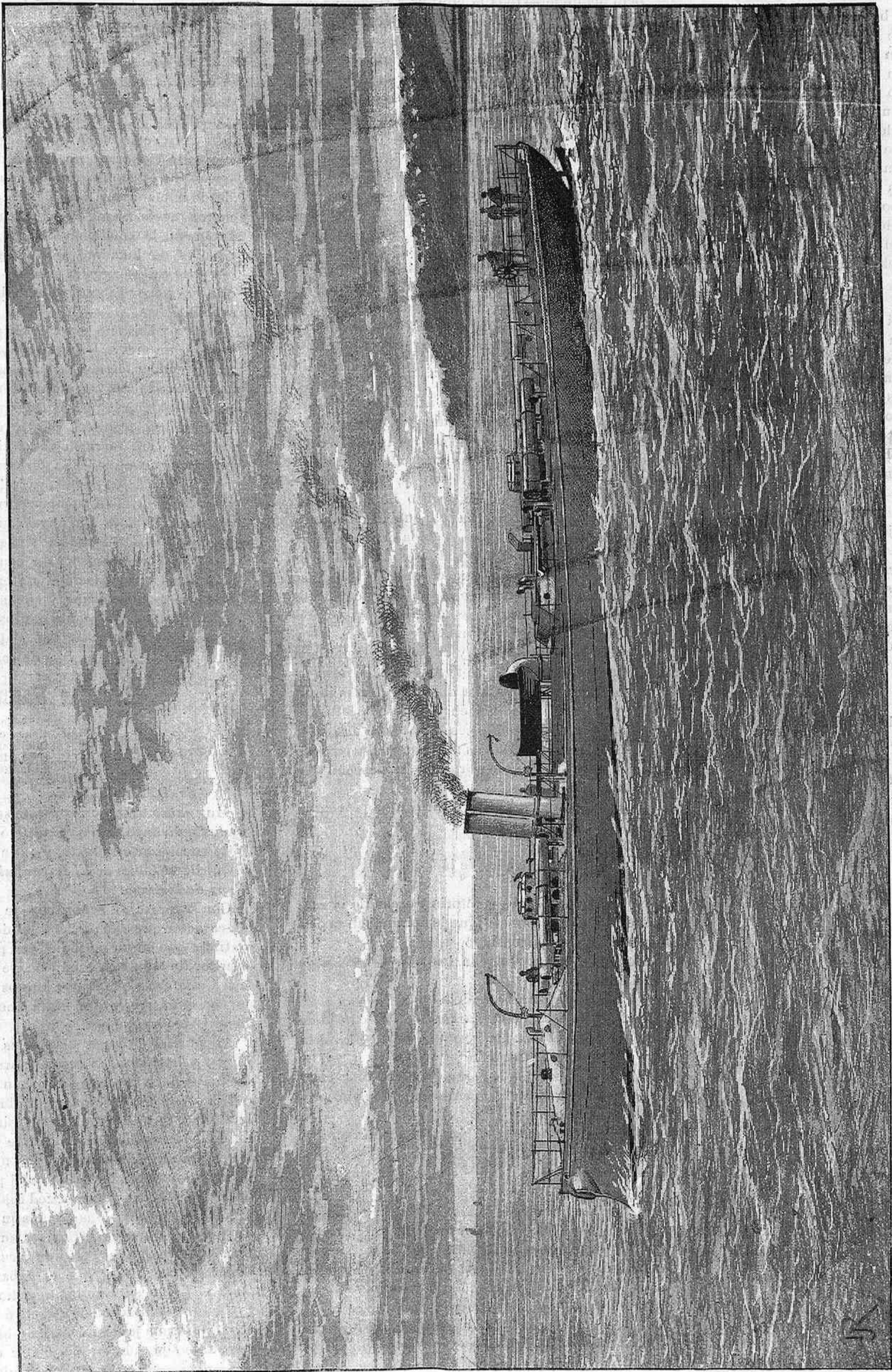
—¿De qué me le vas á hacer?

—Ya verás; de seguro que te pones muy contenta.

Los días siguientes, en cuanto Pedro salía para su obra, Elisa despedía á su hija bajo cualquier pretexto, acompañándola á casa de cualquier amiga, de las muchas que la niña había sacado del colegio, y en cuyas casas pasaba la mayor parte del día, mientras su madre barría y arreglaba la casa, para que al volver su hija, á la caída de la tarde, no hubiera más que comer y hablar de lo que se había divertido, acostándose después en el mejor lecho de la casa, y en la única alcoba, pro-



BELLAS ARTES.—UN TROVADOR



MARINA DE GUERRA INGLESA. — EL TORPEDERO WHITE



R

piamente dicha, de que disponían, puesto que el matrimonio dormía en un cuarto oscuro. Habían instalado allí á su hija para que pudiera verse y arreglarse frente á un tocador, cuya obra de madera lo era del padre, y cuyas faldas blancas, como la nieve, y planchadas siempre cuidadosamente, eran trabajo de Elisa.

Hasta en la comida hacía Elisa economías que redundaban en favor de Honorina; un día la ocurrió la idea de que, si en lugar de consumir todo el cocido, no consumieran al mediodía más que la mitad, podría guardar lo restante para el siguiente, con lo que encontraría un día sí y otro no, una economía de cuatro reales y céntimos, pudiendo aplicarlos á la comida de por la noche, única que la mayor parte de los días hacían en compañía de su hija, porque comía en casa de sus amigas; Pedro lo hacía en la obra y no se enteraría, porque diciéndole que había comido antes de llevarle á él su parte, lo creería, y ella bien podía pasar con un poco de pan y una cebolla, ó cosa por el estilo; en cambio, por la noche, podía poner dos platos y un poquito de vino.

En cuanto Elisa dejó á Honorina en casa de su amiga, regresó á su casa y allí se puso á trabajar con ahínco; comenzó á descoser, puntada por puntada, todo el traje, fué planchando luego cuidadosamente cada una de las piezas, y armándose de unas tijeras las fué recortando con arreglo á las medidas de su hija; en todo pensó: con unas enaguas suyas alargó las de Honorina, recosió, lavó y planchó su manto y escondió todo en el cuarto oscuro, momentos antes de llegar Elisa á su casa el sábado por la noche.

—¿Han traído mi traje, mamá? preguntó en cuanto entró.

—No, hija mía, lo traerán luego.

Esperó en vano gran parte de la noche, y sólo consintió en acostarse con la promesa formal de que al otro día, antes de que ella se levantara, habría ido su madre á casa de la modista.

Elisa estuvo toda la noche pensando en lo contenta que su hija iría el día siguiente á lucir su vestido nuevo.

Contra su costumbre, despertó Honorina antes de las siete; todas las mañanas la servía su madre el desayuno en la cama; pero este día, antes de pedirle el chocolate, preguntó por su vestido.

—Ya está ahí, hija mía; lo han traído temprano.

—¡Pero si no ha llamado nadie! A ver, enséñamelo.

Elisa fué á su cuarto y volvió con todo lo que había preparado.

—¡Ay, mamá! No nos hemos acordado de que necesito un manto.

—Yo sí; también lo tienes aquí.

—¡A ver, á ver!... Pero, mamá, si es el tuyo viejo: ¡parece un pingo!

—¡Hija!

—Y el vestido también es el tuyo; y... ¡qué mal arreglado! ¡Dios mío, qué *cursi* voy á ir, yo que había dicho á todas mis amigas que me estaban haciendo un traje de seda para ponerme de largo! Y la niña rompió á llorar con desconsuelo.

Elisa parecía una estatua; el estupor la tenía clavada en un sitio y sin acertar á pronunciar palabra; ella, que se había despojado de sus únicas galas en beneficio de su hija, pensando que iba á producirla un placer, y ahora encontraba que la producía una pena; á ella nadie la había arreglado vestidos; cuando se puso el primero propiamente dicho de percal, en casa de doña Mónica, tenía la misma edad que su hija; era más rica, puesto que por sí sola ganaba el sustento, y le pareció un lujo; y hoy su hija, más pobre, aunque más guapa, lloraba porque tenía que vestir merino.

Este fué el primer disgusto grande que Elisa tuvo después de casada; por primera vez cayó la venda de sus ojos; la vanidad de su hija no podía conducirla á parte buena; pero, sin embargo, no alcanzó toda la trascendencia que tenía aquel hecho; á través de su cariño no vió más que una flojía de niña mimada, que los años y el mundo la corregirían.

Pero pasaron dos años más, y cada día Honori-

na tenía más aires de gran señora, más hermosura, y sus padres más pobreza; la situación era insostenible, las lluvias y el frío paralizaron las obras, y Pedro no tenía trabajo; la labor de Elisa, que trabajaba hacía algún tiempo por su cuenta, escasamente producía tres ó cuatro reales, de los que debían mantenerse toda la familia; á Honorina nada de esto se le ocultaba, tenía deseos de trabajar, pero no sabía; para aprovechar sus conocimientos dando lecciones no tenía altura, y en otra clase de trabajos no sabía nada; además, si salía demasiado temprano, el frío la hacía daño; y si ayudaba á su madre cosiendo por la noche, enfermaba de la vista; había abandonado sus antiguas amistades porque la parecía que la trataban con desprecio, y tenía demasiado amor propio para colocarse en su situación y soportar los aires de aquellas señoritas que ella juzgaba iguales, y que por su posición social eran superiores.

Un día Pedro salió de la casa antes que Honorina despertara; no dejó de extrañarla; hacía muchos días que dormía hasta tarde porque no tenía trabajo, y por tanto tampoco necesidad de madrugar; su madre había también salido para comprar al fiado un puñado de garbanzos y media botella de aceite; Honorina comenzó á arreglar la casa, única cosa, y esto mal, que hacía en todo el día; pero al penetrar en el cuartucho que servía de dormitorio á sus padres quedó petrificada; los colchones habían desaparecido, y no quedaba más que la cama de hierro; era la misma que con tanta ilusión compró Pedro para casarse; entonces, joven, fuerte, trabajador y animoso, de seguro no imaginó un momento que llegaría día en que la empeñaría para comprar pan; entonces creía que su miseria había acabado el día que salió de la tienda de su padre, y que la dicha que comenzó el día de su boda no acabaría nunca, sería tan larga como una eternidad; sobre la cama de Pedro no quedaba más que un mal jergón y una manta; corrió á un armario que había en la salita, y en donde se guardaba la ropa blanca, y halló que también había desaparecido y que sólo guardaba algunas prendas inservibles y viejas; no había en la casa más sábanas que las de su cama; entonces la ocurrió una idea: trasladó sus colchones y sus sábanas al cuarto de sus padres y los cambió por el jergón desecho y la manta agujereada.

Cuando entró Pedro preguntó si había venido alguien.

—Nadie.

—¿Ni el administrador de la casa?

—Tampoco.

Se sentó en el sofá de Vitoria y escondió la cara entre las manos; parecía que le dominaban la desesperación y el desconsuelo.

Honorina le miraba con los ojos preñados de lágrimas.

—Papá, murmuró besándole en la frente.

Pedro la sentó sobre la rodilla y la cubrió de besos; Honorina y su madre eran el único consuelo que tenía sobre la tierra.

Poco después, cuando Elisa, de vuelta de la compra, fué á dejar el pañuelo en su cuarto, llamó precipitadamente á su hija.

—¿Quién ha hecho eso? preguntó, señalando á la cama.

—Yo, mamá.

—¿Y por qué?

—Porque sí; á mí me gusta dormir en el jergón.

Una lágrima que rodó por la mejilla de su padre, fué á caer sobre el hombro de Honorina, por encima del cual contemplaba la escena. Entonces, en vez de incomodarla como la que cayó sobre su delantalillo el día en que por primera vez fué el colegio, debió llegarla al alma, porque produjo que de sus ojos escaparan otras á raudales, mientras abrazaba á sus padres.

Honorina tenía buen corazón y los adoraba.

Fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron por deshacer el cambio de lechos; pero al otro día, aunque Honorina no se quejó, la palidez de su rostro denunciaba bien á las claras una noche de insomnio; no estaba acostumbrada á dormir sobre

un jergón duro, y cubrirse con una manta rota, y su naturaleza débil lo extrañaba.

Dos días después, cuando se reunían para comer en silencio y preocupados todos con sus pensamientos, á cual más tristes, Honorina parecía contenta; en medio de su desesperación, sonreía y miraba alternativamente á Pedro y Elisa.

—Os tengo que dar una gran noticia, dijo al fin.

—¿Qué? preguntaron los dos á una.

—Yo estoy ya cansada de no servir para nada, y no seros más que una carga, y he decidido trabajar.

—¡Hija!

—Pero como creía que no serviría para nada, continuó Honorina, no quería decíroslo hasta que encontrara un sitio donde hacerlo, ya lo tengo; desde mañana voy á un taller de modistas; los primeros meses no me pagarán nada, porque he entrado con la condición de que no me manden á recados; perdonadme, pero me asusta la idea de ir por esas calles cargada con un cajón más grande que yo, y cuando ya sepa algo del oficio, me darán sueldo.

Pedro y Elisa no se explicaban aquella transformación; un mes antes su hija no pensaba más que en sus amigas, en sus diversiones, y en pocos días había sufrido una transformación completa.

Nosotros quizás podremos explicarla.

Honorina, orgullosa por temperamento y por educación, era también romántica y vehemente; unía á estas cualidades la de tener un corazón de oro y adorar á sus padres, ya lo hemos dicho, pero entendía el cariño á su manera; por aquel entonces cayó en sus manos una novela, en que la heroína, joven de pocos años, se hallaba en su misma situación, y en que, á fuerza de constancia y trabajo, salva á sus padres decrépitos y enfermos de la miseria que les amenazaba, y que termina casándose, con un título rico y noble por los cuatro costados que se prenda de sus bellas cualidades.

(Se continuará.)

Ropa de Pascua.

¡Felices las personas que tienen en la familia tijeras inteligentes, y pueden vestirse á la moda sin pagar tela ni hechuras!

LUIS TABADA.

Sr. D. Luis Tabada.

Muy señor mío: Con sorpresa se ha leído en ésta un artículo suyo, con cuyo último párrafo me permito encabezar esta carta, y que aparece en uno de los últimos *Lunes de El Imparcial*, bajo el epígrafe *Ropa de invierno*.

Con sorpresa, sí, señor; porque siendo esa hoja de carácter que casi pudiéramos decir familiar, nos extraña que en un periódico tan popular, y por un escritor de la misma condición, se afrente y ridiculice á una clase que tantos puntos de contacto tiene con el mismo, y que hasta ahora le otorgó su benevolencia y aplauso.

Al calificar de *cursis* á las hijas de familia que dignas y honradas, antes que abrumar á las suyas con exigencias caprichosas, echan mano del gabán paterno y le transforman, por obra y gracia de su habilidad, en airoso gabancito, sin que, al lucirlo, pese sobre sus hombros el triste compromiso de las deudas; al ridiculizarlas por una cualidad tan digna de recomendación como el primor y el hábito del trabajo, ha estado usted injusto en demasía.

Nosotros opinábamos que á la que esto hace, siendo joven y bonita, se la podría llamar virtuosa, trabajadora y honrada, pero nunca *cursi*; no habiendo llegado á sospechar que el gabancito usado que sirvió al padre, cubriendo un pecho digno y cariñoso, pudiera ser padrón de afrenta é ignominia sobre el seno de una joven laboriosa y buena, por el triste y único pecado de no poder comprar, de no querer comprar otras telas más lujosas en el mercado del vicio con las monedas de la degradación y de la infamia.

Usted sabe muy bien que esas nobles jóvenes conocen perfectamente los artículos más de moda, las hechuras más distinguidas; tienen noticia de esas célebres modistas que expiden certificados de

distinción y buen gusto, pero... como la fortuna, que concede hermosura y riqueza, les ha negado esta última, no encuentran conveniente enmendar los errores de esa inconstante deidad, á costa de otro don más grande, más rico y apreciado con que las colmara el cielo.

¿Verdad que usted no ignora cuán fácil sería á estas *cursis* dejar de serlo y cambiar este dictado por los mil y uno con que la nomenclatura galante bautiza á las que no tuvieron valor para seguir siendo *cursis* honradas?

Pues si usted lo sabe y lo comprende, ¿por qué disparar los acerados puntos de su pluma contra esas señoritas que no sienten rubor por llevar un gabancito casero, y sí de ostentar lujosos trajes, espléndidas joyas, que proyectarían sobre sus rostros el carmín de la vergüenza?

De esas *cursis* de la clase media se hacen las buenas esposas que no conducen á sus maridos á la desesperación ó al crimen con sus gastos locos y exorbitantes; de esas habilidosas niñas se forman las madres hacendosas y económicas que educan á sus hijos para el bien y labran con sus manos bendecidas la fortuna que asegurará el porvenir de la familia, la tranquilidad de una vejez dichosa y respetada tras el constante trabajo de una vida laboriosa.

Y á estas mujeres, á estas heroínas de la abnegación y del sacrificio las llama usted *cursis*!

Pues entonces, á las que se dejan llevar del torbellino del lujo, y por aparecer elegantes y distinguidas arrollan todas las consideraciones divinas y humanas, ¿cómo las llamaría usted, señor mío?

¡Ah! Sí: me lo figuro. Las llamará usted, después de agotar el vocabulario de la vanalidad y la lisonja, *la fulana, la mengana*, anteponiendo á un más ó menos poético nombre de guerra ese artículo infamante y denunciador.

Yo estoy segura, segurísima de que todas esas que usted no llama *cursis*, cambiarían de buen grado sus lujosos trenes, sus deslumbrantes pedrerías por sustituir con el de *cursis* el triste nombre que, seguido del *consabido artículo*, pesa sobre sus frentes y sobre sus conciencias.

Usted también lo está: ¡ya lo creo! Pero si es así, ¿por qué deprimir y motejar lo bueno, habiendo tanto malo en que ejercitar la crítica? ¿Por qué presentar á la virtud con el ropaje del ridículo y la befa que merece el vicio? ¿Por qué, siendo usted bueno y educado, prescindir de estas cualidades para zaherir á esas apreciables jóvenes que, dando una prueba más de ilustración y cultura, admiten como buenos sus escritos, animándole con su fa-

vor á continuar por la senda del trabajo digno y que crea un nombre y una posición?

Pues si ellas le dijeran que sus artículos son malos y mal intencionados, son *cursis*, atrasados, insustanciales y burdos; que en ellos se echa de ver que han servido á otros para hacerse un apellido ilustre, al que quiere usted imitar sin conseguirlo, zurciendo retazos de ajeno ingenio para formar un gabancito *cursi* con que cubrir la desnudez de su inteligencia, ó un artículo hilvanado *cursilmente* para aparentar elegancia literaria donde no hay más que talento *cursi*, ¿qué diría usted?

Pondría el grito en el cielo: ¿no es así? Pues lo mismo, lo mismito estas pobres, pero honradas *cursis*, lo habrán hecho al verse motejadas por usted, ultrajadas en uno de sus más legítimos títulos de mujeres laboriosas y dignas.

Yo espero que usted llegará á confesar su error, porque, á no equivocarme, habrá tenido también madre, una madre hacendosa, que con maña y buen gusto acomodaría, muy contenta y satisfecha, á sus infantiles miembros algún pantalón paterno recortado ó algún gabancito que sirviera al hermano mayor en sus primeros días; y de seguro en un rinconcito de su alma guardará usted aquella santa memoria, que no encontrará ni ridícula ni *cursi*, y comprenderá la injusticia con que ha tratado á las que de una prenda usada hacen dos nuevas y pasables.

¿No es verdad que sí? Y tanto, que me prometo verle á usted el mejor día, cuando en los clásicos y *cursis* de San Isidro vaya á la coronada villa dando el brazo, muy orondo y satisfecho, á una mamá *cursi*, de esas que *cursilmente* saben guardar sus hijas como cancerberos de los gatos madrileños, más ó menos escritores, escoltando á la gentil doncella que eligió para dulce compañera de su vida, sin que le parezca menos hermosa y pura por lucir el gabancito hecho con la levita que el futuro papá suegro deslució en la oficina.

Y cuando, andando el tiempo, vuelva á encontrarle precedido de una turba de niños hermosos, aunque *cursilmente* vestidos con retazos de tela que unieron el amor y la ternura, luciendo con orgullo á su lado la digna esposa que cubre el honesto seno con el gabán que usted desechó el año anterior, no me sonreiré con desdén ni la calificaré de *cursi* ¡qué disparate! Alabaré su virtud y el buen acuerdo de usted, que ha sabido elegir para madre de sus hijos á una señorita, á más de honrada, laboriosa, que nadie, más que los tontos, hubieran de calificar de *cursi* al verla utilizar los gabanes del autor de sus días.

Mucho más podría decirle, pero recuerdo en este momento que me espera el arreglo de un vestidito de *medio paso*, que sirvió á mi abuela, con el cual, y un frac azul que sirvió á mi padre en sus mocedades, quiero arreglarme un traje y un gabancito para el domingo que viene.

Y entretanto, tiene el gusto de ofrecerse suya afectísima segura servidora

AURELIA MATEO DE ALONSO.

Castellón 28 Octubre 1888.

PASATIEMPOS

CHARADAS

Conjunto de dos notas musicales hallarás en *dos una*, sin falencia; parte del cuerpo forman *tercia prima*, y un célebre guerrero el *todo* expresa.

Mi tía *dos dos primera* nunca deja su *tres una*, como no lleve unas *todo*, muy buenas para la lluvia.

CUADRADO DE PALABRAS

Primer renglón, horizontal y vertical, punto de discusión.
Segundo id., elementos de agricultura.
Tercero id., aglomeración.
Cuarto id., verbo.

Solución á los pasatiempos del núm. 31.

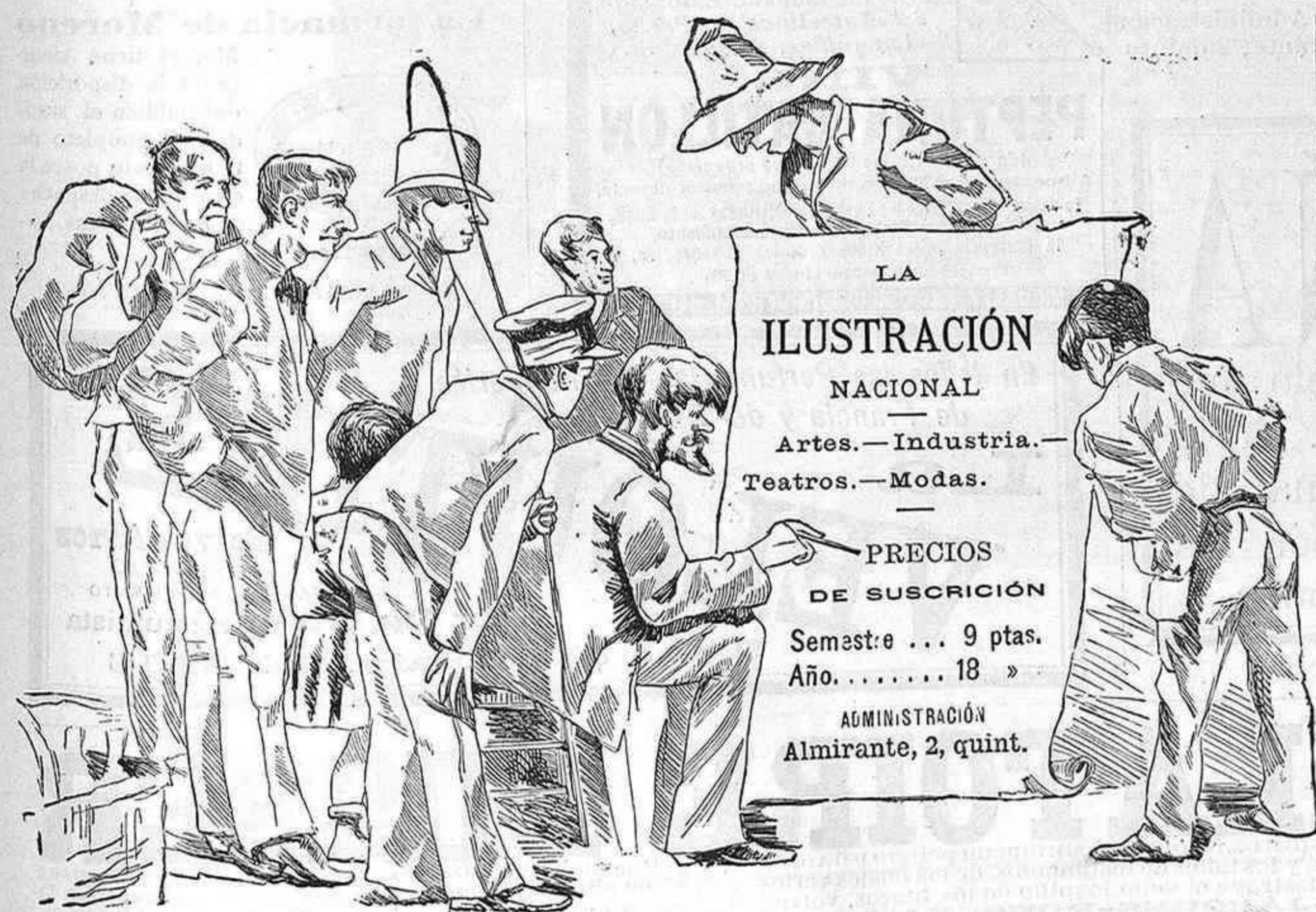
Charada 1.^a: ATILANO.

Ídem 2.^a: SALAMINA.

Al rombo de palabras:

C
R O S
R A R O S
C O R O N E L
S O N A R
S E R
L

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



TENIA Ó SOLITARIA
Se expulsa en 2 ó 3 horas, tomando **LAS CAPSULAS TENIFUGAS** DE MORENO MIQUEL. Arenal, 2, Madrid, y principales farmacias. 60 rs. frasco, y por 65, se remite certificado á provincias.

Se admiten anuncios á precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, núm. 2, quíntuplicado.**

MADRID

DOLORES de ESTOMAGO
DIGESTIONES DIFÍCILES
Pérdida del Apetito, Agotamiento, Gastralgias, Vómitos, Diarrea, etc.
ELIXIR GREZ
TONI-DIGESTIVO
con Quinina, Coca y la Pepsina
empleado en todos los Hospitales.
P. Grez, 34, rue La Bruyère, 34, Paris
Y EN LAS FARMACIAS

DYSPEPSIA

ANEMIA

Agente general para los anuncios franceses: M. F. Mus, Rue Alfred-Stevens, 9, París.

GUERLAIN DE PARIS

ARTICULOS DE PERFUMERIA RECOMENDADOS

Agua de Colonia Imperial. — Sapoceti, jabon de tocador. — Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba. — Crema de Fresas para suavizar el cutis. — Polvos de Cypri para blanquear el cutis. — Stibolide cristalizado para los cabellos y la barba. — Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar la cabeza. — Primavera de España. — Pao Rosa. — Mariscala Duquesa. — Rosa y Clavel. — Heliotropo blanco. — Exposición de París. — Ramillete Imperial Ruso. — Perfume de Francia. — Agua de Cidra. agua de Chipre y agua de Colonia Imperial Rusa para el tocador. — Alcoholado de Coclearia para la boca y los dientes.

GRAJEAS SAEZ

Curan radicalmente las irritaciones, catarros, purgaciones, gota militar, estrecheces, flujo blanco, derrames seminales, incontinencia de orina, y toda clase de flujos de las vías urinarias: su composición es vegetal é inofensiva.

De venta en las principales farmacias y droguerías de España. Al por mayor Dr. Saez, Barcelona. Frasco 3, pesetas; por correo certificado, 4 pesetas.

VALENTIN GALVEZ

Puerta del Sol, números 10 y 12.
Cuantes de piel de cabrito, cordero, castor, Suecia, de hilo y de seda.
Corbatas, tirantes y ligas.
Novedades del país y extranjeros.
Objetos para regalos.

FRASCO 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
pone y conserva el cutis limpio y terso

GADES et C^o B^o St-Denis, 26

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK

VERITABLES GRANS du docteur FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes
Depurativos
Contra la Falta de Apetito
el Estreñimiento, la Jaqueca
los Váridos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos
Noticia en cada caja
Exigir los Verdaderos en CAJAS
AZULES con rótulo de 4 colores y
el Sello azul de la Unión de los
FABRICANTES.
PARIS, Farmacia Leroy y principales F^{as}

PARA TENER LA BOCA
SANA, HERMOSA Y FUERTE, usen la

MENTHOLINA DENTÍFRICA

ó Elixir Alemán, del Dr. Gutter, importado y preparado por el Dr. ANDREU de Barcelona, autor de la Pasta pectoral é infalible.

Con este dentífrico se logra siempre: 1.º Calmar el dolor de muelas; 2.º quitar el sarro; 3.º curar la fetidez del aliento; 4.º emblandecer la dentadura; 5.º curar á tiempo el escorbuto; 6.º aromatizar y poner fresca la boca, y 7.º fortalecer los dientes y muelas dando vigor á las encías, que las hace fuertes é insensibles á las bebidas frías ó calientes.

Todo el que estime en algo la salud y belleza de la boca, debe usar la Mentholina, y los padres debieran acostumbrar á sus hijos como medida altamente saludable é higiénica.

El sabor y olor son tan exquisitos y agradables, que á la par que gran remedio, es artículo de recreo y adorno para la mesa ó el tocador.

Un frasco vale 6 rs., id. doble con caja y cepillo 10 rs., id. extra, cabida de 8 frascos dobles para familias numerosas, colegios, conventos, etc., etc., 60 rs.

La Mentholina en polvo aumenta la belleza y blancura de los dientes. Caja, 5 rs. De venta en las buenas farmacias de España y de todas las Américas.

L'EAU DE SUEZ

En MADRID: Don José M. Moreno, Farmacia de la Reina Madre, 93, calle Mayor; R. J. Chavarri, Droguista, 87, Calle de Atocha; Romero y Vicente, 3, Carrera de San Geronimo.

(VACUNA DE LA BOCA) es el UNICO DENTÍFRICO QUE SUPRIME INSTANTANEAMENTE PARA SIEMPRE los

DOLORES DE MUELAS

y por CONSIGUIENTE la ESTRACCION Y LA AURIFICACION

Depositarío General: M. SUEZ, 9, Rue de Prony, PARIS (PARC MONCEAU)

En BARCELONA: Vicente Ferrer y Cia, Droguista, Plaza Moncada, N.º 4; Don José Lafont, calle del Call, 30, y M. C. Germain, Rambla, 14.

Anti-Epidémico
Desinfectante Higiénico

PHENOL-BOBŒUF

PREMIO MONTYON acordado por el Instituto de Francia
Medallas de Oro y Diplomas de honor

PHENOL-BOBŒUF PERFUMADO
La mas higiénica de las Aguas de Tocador

Higiene de la Boca
y Conservación de los Dientes
CON EL EMPLEO DEL

DENTÍFRICO DE PHENOL-BOBŒUF
En Frascos y Medios-Frascos

JABON DE PHENOL-BOBŒUF
En Cajitas de tres Pastillas

61, Faubourg Poissonnière, PARIS
(Antiguamente 7, rue Coq-Héron)
Depósito general de PRODUCTOS HIGIÉNICOS
DEPÓSITO: EN CASA DE LOS PRINCIPALES NEGOCIANTES

Recompensa de 16,600 francos á Laroche

QUINA LAROCHE

FOSFATADO

Sumamente necesario á las Mujeres en cinta y á las Nodrizas, á quienes aumenta la calidad de la leche. Abre el apetito, facilita el desarrollo y la dentición de los Niños.

Reemplaza el Aceite de Hígado de Bacalao contra el Raquitismo, reblandecimiento de los huesos, los Ganglios, el Linfatismo.

PARIS, 22, rue Drouot, y en las Farmacias de esta

MÁQUINAS PARA COSER
CAJAS DE MÚSICA
COCHES PARA NIÑOS, ESTUFAS
7, PRECIADOS, 7

32, ESPOZ Y MINA, 34

EXPOSITION UNIVERSALE 1878
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

PERFUMERIA ESPECIAL
á la

LACTEINA E. COUDRAY

Recomendada por las Celebridades medicas de Paris
PARA TODAS LAS NECESIDADES DEL TOCADOR

PRODUCTOS ESPECIALES
JABON de LACTEINA para el tocador.
CREMA y POLVOS de JABON de LACTEINA para la barba.
POMADA á la LACTEINA para el cabello.
COSMETICO á la LACTEINA para alisar el cabello.
AGUA de LACTEINA para el tocador.
ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello.
ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.
POLVOS y AGUA DENTÍFRICOS de LACTEINA.
CREMA LACTEINA llamada raso del cutis.
LACTEININA para blanquear el cutis.
FLOR de ARROZ de LACTEINA para blanquear el cutis.

SE VENDEN EN LA FABRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depósitos en casas de los principales Perfumistas,
Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

NEURALGIAS Curacion inmediata con las Píldoras antineurálgicas del doctor CRONIER. 3fr. la caja. Farmacia, 23, rue de la Monnaie, Paris.

Se administran casas con economía. Hay fianza y toda clase de garantías. En la Administración de esta Revista, Almirante, 2 quintuplicado, darán razón.

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

NUEVO TRATAMIENTO Y CURACION DE LAS Enfermedades del Estomago, de los Intestinos, del Pecho, Languidez, Anemia, etc.

VINO PEPTONA CATILLON

(Carne asimilable y Fosfatos organicos)
Alimento de los Enfermos que no pueden digerir.
Poderoso Reparador de las Fuerzas debilitadas por la Edad, la Fatiga, las Fiebres, el Amamantamiento, la Creencia de los Niños y de las Jóvenes, etc.
Paris, boulev. St-Martin, 3 et Ph^o

MEDALLA EXPOSICION UNIVERSAL 1878

La farmacia de Moreno

Miquel tiene siempre á la disposición del público el surtido más completo de todo cuanto posee la ciencia. Se despacha de día y á todas horas de la noche.

Arenal, 2, Madrid.

CARABAÑA

España. Grande honra para el suelo que produce sus aguas minero-medicinales. En la gran Exposición concurso internacional de Bruselas (Bélgica) acaban de obtener las Aguas de Carabaña el gran Diploma de Honor.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO

Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

LA PATE EPILATOIRE DUSSEY

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones. Los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol. DUSSEY. Inventor. 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías.)

En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.